

Cuentos

para

Monstruos



Santiago Pedraza

Cuentos Para Monstruos

© Santiago Pedraza

*Se fueron las noches de tristeza
y quedaron los días de rabia.*

Índice

[Apología de Sharon](#)

[Como cuando éramos](#)

[Llueve](#)

[Monstruo Efervescente](#)

[Cuervos espiando](#)

[Dos Trenes](#)

[Moscas que comen te amos](#)

[Vodka](#)

[Es su letra](#)

[Estrellas dormidas](#)

[Yerba del cerro](#)

[Sex Tape](#)

[Rastros de sombra en el sofá](#)

[De Madrugada](#)

[Uxoricidio](#)

[Despedida](#)

[Aguardiente](#)

[Trofeos](#)

[Bala de Cañón](#)

[Historia de amor \(O algo parecido\)](#)

[Carrito de los tesoros](#)

[Mil osos](#)

[Poema con labial](#)

[Vino, tequila o nostalgia](#)

[¿Te gustó la historia?](#)

[Víctima enamorada](#)

[Tulipanes](#)

[Cinco vidas](#)

[Luna volcada](#)

[País de pétalos y velas](#)

[Cuentos para Monstruos](#)

[Canción de cuna para ahuyentar a los coyotes](#)

Apología de Sharon

Los moretones que él pinto en su rostro eran como la obra de un artista primerizo: sin exactitud, sin idea, pero con toda intención.

Él llegaría cerca de las once, con su máscara de borrachera y frustración, exigiendo su cena con despotismo, lanzando quejas a la intemperie: una cuchara sucia, una sopa fría, una silla mal posicionada. Si hallaba un pretexto ingenioso, seguro la golpearía. Hoy sería la última vez...

«Buenos días amor mío, ¿están muy ajustadas esas cuerdas? Perdóname por amarrarte, es sólo que no quiero que salgas corriendo. Te he amordazado sólo por precaución, tus palabras podrían obstruir mis pensamientos, y en este punto necesito claridad. Tu ropa está planchada, la mesa limpia y mi corazón roto. Solía creer que estaba loca por ti, cuando en realidad, he enloquecido a causa tuya. No es lo mismo, lo he meditado toda la noche».

Él paseó los ojos por la habitación, atado de pies y manos. Cuando por fin descifró la escena, el pánico le mordió el cuello.

Ella tarareaba una canción aparentemente triste mientras regaba líquido sobre la cama. De inmediato, él olfateó un perfume ácido que raspaba su nariz: era gasolina.

Se desató una estampida de chillidos indescifrables desde un par de labios inmovilizados. Los ojos vidriosos de Sharon proyectaban la mirada de una muñeca harta de ser azotada. Y esos mismos ojos húmedos y tiritantes, en el punto más dramático, se posaron en él, en búsqueda de comprensión, en espera de algún signo de arrepentimiento. Pero aquel hombre no pudo captar el mensaje. Y eso lo destruiría.

“¿Por qué he aguantado tantos años a su lado?”. Por amor. Ése era un argumento viable, y al mismo tiempo, la excusa más cobarde.

La muerte se paró detrás de ella, sostuvo su mano delicadamente, y le ayudó a encender un fósforo...

Como cuando éramos

La chica conducía, pero los kilómetros no la alejaban de sus pensamientos. La noche se estaba comiendo la carretera, las luces de su auto le revelaban el próximo tramo del camino, y el desierto le echaba en cara la muerte de su hermana.

Si se hubiese acercado a ella, si le hubiera dicho que era hermosa, irremplazable, que la opinión de otros cabía en un bote de basura. Si hubiera hecho de lado los tres años de edad que las separaban, si hubiese puesto atención a su falta de apetito, a su constante deseo de dormir, a su mirada ausente. Si no se hubiese burlado de ella cuando le habló de Natasha, la chica popular de su colegio, y de las extenuantes y pesadas bromas que le jugaba junto con sus amigas. Si le hubiera entregado una palabra, un abrazo, una chispa de autoestima. Entonces quizá su hermana habría vivido más allá de los catorce años.

Todos esos 'hubiera' se le clavaban en la piel, la tristeza le besaba la espalda, la carretera no decía nada y el pasado gritaba eufórico.

El auto pasó por una curva y el movimiento la transportó a la escena que intentaba evadir: la tarde callada cuando sus padres no estaban en casa, los pasos de ascenso por las escaleras, el chirrido de la puerta, el cuerpo de su hermana colgado en su habitación..., los alaridos que soltó mientras le acariciaba la cabeza.

«Te he fallado, quisiera jugar contigo en el patio como cuando éramos niñas, pero ahora tus ojos sólo tienen color en las fotografías»...

Abandonó la carretera y se internó en un segmento apacible del desierto. Soltó las lágrimas que le pesaban y dejó algunas para el regreso. Salió del auto con los puños endureciéndose lentamente. Abrió la cajuela: ahí seguía Natasha, atada y amordazada. La oscuridad le impidió ver sus ojos de súplica, en aquella pose parecía un bello pájaro indefenso. La sostuvo del cabello y la sacó con brutalidad.

Estiró la mano dentro de la cajuela y alcanzó el bate de Béisbol. No había jugado desde que era niña, pero esa noche practicaría un poco...

Llueve

Llueven lágrimas, llueve sangre, llueven balas.

Ella era dulce, una criatura con corazón de porcelana. Quizá por eso los hombres siempre la pisaban.

Llegó dos horas más temprano, insertó la llave sin preocupación, la puerta del departamento soltó un leve rechinido. Entonces el mundo colapsó.

En la sala había dos cuerpos al calor de la intimidad. Las piernas de una extraña abrazaban la cintura del hombre al que ella tanto amaba; su garganta formó un nudo imposible de desamarrar, sus venas bombearon gasolina por un instante, y un «No es lo que parece» salió disparado desde el sofá.

Se desató una lluvia cálida en los ojos de la chica y las palabras se alejaron lo más posible de sus labios. Una masa de recuerdos la embistió mientras subía las escaleras: el viaje a París, las caricias de media noche, los proyectos que sacrificó por él, las mil tonterías que le perdonó, las promesas que ahora se quemaban a fuego lento.

Revolvió el closet en una salvaje búsqueda. Las lágrimas habían dejado un rastro húmedo detrás de ella, el pasado y el presente chocaban con violencia. Después de despedazar el orden que regía dentro del closet, finalmente halló la pequeña caja que buscaba. Un arma descansaba dentro: ligera, brillante, ansiosa.

Ellos se vestían apresuradamente cuando ella regresó. Y en cuanto el arma los miró de frente, sus rostros se decoloraron.

El gatillo aguardaba ansioso su gran momento de protagonismo, los labios entreabiertos no supieron que palabras dejar escapar. El tiempo tuvo miedo de seguir avanzando, de dar un movimiento en falso y destruir el universo. Ahora sólo existían aquellos cuatro: ella, él, la tercera y el silencio.

Dos gotas ardientes resbalaron por las mejillas de la chica. Su mandíbula temblaba, sus ojos gritaban “te lo di todo”. El sol se alejó de las ventanas, los edificios gritaron enardecidos. La rabia apretó el hombro de la chica, y su dedo se hundió en el gatillo.

Llueven lágrimas, llueve sangre, llueven balas...

Monstruo Efervescente

Érase una vez... un niño que soñaba con un arma.

Acurrucado en el silencio, el niño hablaba consigo mismo:

Si tuviera un arma,
ella aún me cantaría todas las noches.
Si tuviera un arma,
ella me seguiría dando un beso antes de dormir.
Si tuviera un arma,
no habría tenido que enterrarla.
Si tuviera un arma,
él no la habría golpeado hasta la muerte.
Si tuviera un arma,
él se habría largado, dejándonos en paz.

Si tuviera un arma,
él no metería mujeres a esta casa.
Si tuviera un arma,
él no me golpearía cuando está borracho.
Si tuviera un arma,
podría jugar en el patio.
Si tuviera un arma,
él no me encerraría en mi habitación.
Si tuviera un arma,
borraría esa sonrisa de su cara.
Si tuviera un arma,
mi espalda no tendría las marcas de su cinturón.
Si tuviera un arma,
él escucharía lo que tengo que decir.
Si tuviera un arma,
le mostraría que él también sangra...

El niño huyó siguiendo las luces de otra ciudad
y los años pasaron como en un desfile de pésimo gusto.

Los retoños, tarde o temprano, se convierten en árboles.
Y las víctimas, tarde o temprano, se convierten en villanos.
Érase una vez... un hombre que consiguió un arma.

Cuervos espiando

Su padrastro deslizó la mano sobre su piel juvenil. Ella aguantaba callada, fingiendo que dormía. Había ensayado mentalmente aquella escena y ahora no podía equivocarse.

Apenas unas horas antes habían sepultado a su madre, una mujer que había pasado mucho tiempo sola antes de encontrar a un nuevo hombre. Ésa fue la razón por la que no quiso creer las acusaciones que su hija levantaba sobre su reciente esposo. La llamaba mentirosa e intentaba golpearla, como si aquella verdad le raspaba los oídos, obligándola a reaccionar de manera violenta. El miedo al abandono tenía más peso que las palabras de una chica de catorce años.

Sin embargo, el hombre nunca estuvo interesado en aquella mujer desgastada y solitaria. Su objetivo era más joven, usaba coleta y vestidos rotos. Para él, enamorar a una mujer necesitada de compañía que visitaba la plaza suplicando la plática de un hombre, resultó ser una tarea fácil.

Su boda fue repentina y apresurada, impulsada por el bulto en los pantalones del hombre en cuestión.

Lo demás fue todavía más sencillo. Los desayunos llevados a la cama parecían los gestos nobles y atentos de un cónyuge cariñoso, cuando en realidad, cada plato de sopa y taza de té llevaban como condimento una muerte lenta y progresiva. Venenos nada peculiares al alcance de cualquiera. En aquel pueblo hecho de indiferencia y madera, nadie le daría muchas vueltas a la muerte de una mujer que, en primera instancia, ya era mal vista por los habitantes. El hombre quedaría como el héroe que le dio dignidad a los últimos años de una madre soltera, y que noblemente se haría cargo de una huérfana desprotegida. Y su premio por aquel conjunto de buenas obras sería el cuerpo de una joven que le provocaba obsesión.

Sin embargo, la espera le parecía infinita y necesitaba pequeños adelantos. De noche, después de comprobar el sueño profundo de su esposa temporal, subía en silencio al cuarto de su verdadera presa. La amenazaba de mil formas, y luego la tocaba. Memorizaba su textura para después volver a la cama y soñar con el momento en que finalmente la tendría.

El gran día llegó: la madre ya no pudo levantarse. Pidieron ayuda de vecinos para sacar el tieso cuerpo de la mujer. La chica soltaba alaridos lastimeros

mientras se llevaban el cadáver, alaridos que habrían hecho llorar hasta al más duro de los monstruos.

El funeral fue igual que su boda: apresurado. Los pésames aterrizaron sobre los oídos del reciente viudo sin que este pudiera quitarle la mirada de encima a su hijastra, fabricando fantasías, rindiéndole culto a toda su espera.

La noche se tragó el cielo. La chica estaba recostada sobre su cama hablando sin que sus labios emitieran sonido alguno. Él llegó a casa cuando el reloj rasgaba la media noche. Había estado en una taberna acompañado de hombres que intentaban consolarlo. Sin embargo, él no bebía para lamentarse, bebía para celebrar.

Sus botas lastimaban los escalones mientras subía a la habitación de su víctima. Abrió la puerta del cuarto, desabrochándose los primeros botones de su camisa con gesto victorioso. El alcohol y la ansiedad lo empujaban a perder el control, pero él se esforzó por mantenerse tranquilo. Había esperado mucho como para arruinar su gran momento.

Ella, con los ojos apuntando a la oscuridad, esperó a que su padrastro se acercara lo suficiente. La luna intentó mirar hacia otra parte, los cuervos espiaban por la ventana, amotinados en un cable de luz, como si supieran lo que iba a pasar. La chica sintió una mano inquieta abrirse camino por sus piernas, escuchó a su padrastro hablándole a la nada, víctima de su propio delirio.

Ella deslizó su mano lentamente bajo la almohada, hasta alcanzar el mango de un cuchillo. Lo apretó despacio mientras el coraje empezaba a calentarle las venas. Esperó a que él girara la cabeza en el ángulo correcto, con la paciencia de un cazador experimentado. Cuando las condiciones fueron adecuadas y la luna al fin se atrevió a mirar, la chica se dio vuelta, y en un movimiento de envidiable agilidad, le clavó furiosa el cuchillo dentro del cuello. En ese momento, todas las criaturas ocultas en los rincones del pueblo gritaron con euforia.

El hombre sintió cómo su sangre se fugaba por un hueco. Aterrorizado, estiró su brazo hacia la chica mientras caía de espaldas sobre el suelo. La muerte se puso a su lado, le acarició el cuello y luego se chupó los dedos.

La chica observaba todo con el corazón pateándole el pecho. Y en ese instante se dio cuenta de algo curioso: estaba disfrutando mucho de la escena...

Dos Trenes

El primer hombre salió de casa: perfumado, recién bañado y con zapatos lustrados.

Antes de salir, su esposa le preguntó a qué hora regresaría. Como respuesta obtuvo un puñetazo en el rostro que le dejó un recuerdo color lila en el ojo izquierdo.

Su hijo pequeño, parado en la puerta de la cocina, fue testigo de la escena. Contempló el cuerpo de su madre caer abruptamente, seguido de un sonido hiriente producido por el llanto de la mujer. El primer hombre giró la cabeza para ver a su hijo, dedujo su miedo, y se le acercó sonriendo para tranquilizarlo.

«No debes temerme. Yo nunca te haría daño a ti... pero escúchame, debes ir aprendiendo. Así es como se trata a una mujer. Créeme, nunca te dejará de esta forma. Tú eres un campeón, eres el rey, y todo rey necesita alguien que lo obedezca, ¿no es así? Algún día, cuando crezcas, encontrarás a alguien como tu madre, alguien que te guste y de quien puedas ser el dueño. ¿Me entiendes? Ven acá, quita esa cara larga, que mañana te traeré un regalo».

El niño sonrió viendo a su padre. Este le plantó un beso en la frente y luego le hizo cosquillas en el cuello, haciendo que el niño se olvidara de la escena.

El primer hombre cruzó la puerta y la noche lo recibió con un beso. La luna brillaba en sus zapatos y su sonrisa estaba lista para ser usada como arma. Pensó un poco en lo que le había dicho a su hijo, su padre le había dado el mismo discurso cuando niño, y se preguntó si había omitido algo.

Se olvidó del asunto al siguiente instante, ahora necesitaba enfocar su atención en el presente. Esa noche se dirigía a casa de su otra mujer, aquella con la que se divertía, sin compromiso, sin familia, ni responsabilidad. Compraría vino y haría el amor con ella hasta la madrugada. Siguió caminando, y le pareció que la ciudad escribía su nombre con luces.

Al pasar junto a un restaurante japonés, miró de lejos a un hombre que caminaba de modo extraño, y no pudo evitar un gesto de burla...

*

El segundo hombre salió del bar. Tenía el aspecto de un loco y los puños frenéticamente contraídos, como si intentara ahorcar la pena que llevaba dentro.

Unas semanas atrás, su hija había sido asesinada, arrancándole un pedazo de vida, arrastrándolo a un mundo incoloro. Los agentes seguían trabajando sin poder darle respuestas, investigaban como si ya no les interesara en absoluto, como si tuvieran prioridades más grandes. Al menos, eso sentía el segundo hombre.

Usaba el alcohol para justificar su demencia, huía de una realidad que le escupía en la cara cada vez que intentaba sonreír. La sobriedad no traía paz, el alcohol no traía paz, quizá nada la traería. No existía justicia, no existía consuelo, sólo rabia irreversible. Una rabia que le repetía una y otra vez la misma frase, embarrándola por las paredes de su cráneo: «Resuélvelo tú mismo».

Al pasar junto a un restaurante japonés, miró de lejos a un hombre que se burlaba de él. Un hombre que lucía una chaqueta de cuero y una sonrisa prefabricada.

Algún día atraparía al asesino que buscaba, pero esa noche, tendría que conformarse con el primer hombre.

Siguió avanzando hasta que finalmente lo tuvo cerca. Dio tres pasos a la izquierda, ocasionando un choque de hombros, y escuchó un reclamo al que no prestó atención...

*

El primer hombre aún no terminaba su reclamo cuando un impacto en su rostro provocó su caída. Fue sorprendido por una lluvia de misiles en forma de puños. Olvidó cómo defenderse. Quien estaba encima de él no parecía un hombre, era más bien un monstruo...

Moscas que comen te amos

«Si lo piensas bien, yo soy mejor que ella. Tal vez Evelyn sea más alta, delgada y se maquille con más frecuencia, pero ya no somos un par de jovencitas. Además, yo te entregué mis mejores años, eso cuenta ¿no crees?»

Ten, bebe tu sopa. Es tu favorita. Te conozco de extremo a extremo, ¿lo ves? ¿Recuerdas por qué te casaste conmigo? ¿Los sueños que compartíamos? Sí, ya sé que nunca pude darte un hijo, lo intenté, no es necesario que me lo eches en cara. Por favor, no hablemos de cosas tristes, mejor termina tu sopa, ella llegará pronto. Así es, la he citado hoy, pero no para que se acueste contigo, sino para demostrarte que no es rival para mí. ¿Evelyn? Claro que no... ¡Esa puta de mierda! ¡Mi mejor amiga! Así la llamé durante años, y tú... ¡Desgraciado! ¡Revolcándote con ella mientras yo me hacía cargo de las cuentas! Pero ahora yo... ¡No!, es que nosotros..., yo sólo..., yo nunca..., tú..., tú ya sabes que te amo..., te amo demasiado..., y yo..., tú..., tú me amas, ¿verdad? ¿Me sigues amando?».

Su esposo no contestó. Estaba recostado en la cama, con la muerte fumando a su lado. Su pulso se había fugado la noche anterior, su rostro pálido aún conservaba restos de su última expresión. Sus manos ya no la tocaban, sus labios ya no le mentían.

Su piel se había vuelto un refugio donde las moscas podían descansar. Las cortinas cerradas no dejaron que el sol se enterara de lo que había pasado dentro del cuarto.

Sonó el timbre. Desde luego, era Evelyn.

La mujer colocó el plato de sopa en el buró y recogió un cinturón que reposaba en el suelo, el mismo cinturón que había dejado una marca pintada en el cuello de su esposo muerto.

Sonrió, y bajó a abrir la puerta...

Vodka

Flavio conoció a una pelirroja en la fiesta. Era joven, como diez años menor que él. Su cintura inquieta lo invitaba constantemente a acercar las manos.

Estaba borracha, y gritaba como si celebrara su propia fiesta. Flavio debía aprovechar su oportunidad.

(Una mujer y su hija pequeña llegaron a la ciudad, huyendo de un hombre que las maltrataba. Venían de un pueblo cuyo nombre era desconocido para las personas; no conocían a nadie, no tenían refugio, se encontraban indefensas, pero al menos estaban juntas. Aquel hombre no volvería a lastimarlas).

Flavio, después de su rutina de palabras bien acomodadas, convenció a la pelirroja de ir a un lugar más privado. Abrió la puerta del departamento y la chica entró llenando el espacio con sus risitas coquetas. Flavio admiró sus piernas y la luna que se asomaba por su escote. Todo eso sería para él aquella noche.

(La mujer y la pequeña no tenían a donde ir. La niña le preguntó a su madre si estaba triste, y ella le respondió un tímido «No» acompañado de una sonrisa forzada. Al caer la noche, se refugiaron en un autobús fuera de servicio. Sin embargo, tres jóvenes en busca de aventura las siguieron cautelosamente).

La pelirroja se quitó las zapatillas con gesto grácil. No dejaba de gritar entusiasmada y de elogiar el departamento de Flavio. Encendida por la borrachera, la chica hacía comentarios divertidos sobre los cuadros colgados en las paredes, los palos de golf acomodados en una esquina, y el pequeño, pero muy completo minibar. Entretanto, Flavio le besaba el cuello, estiraba la mano hasta alcanzar la superficie acolchonada de sus piernas y se reía de cada comentario. Cuando sus dedos casi llegaban a los senos, ella le pidió un trago.

(La mujer acurrucaba a su hija en uno de los asientos del autobús, cuando se percató de que tres chicos se acercaban. Levantó a su hija en brazos y la llevó al fondo del vehículo. Le ordenó esconderse y no hacer ningún ruido, ella arreglaría el problema. Los tres chicos subieron para imponer el caos, llevaban una botella de alcohol que se pasaban el uno al otro, comenzaron un concierto de obscenidades y disparates, a los cuales sólo ellos encontraban gracia. La mujer intentó apaciguarlos sin darse cuenta de que ella era exactamente lo que buscaban: una mujer frágil, indefensa y sola. Seis manos desgarraron su ropa

mientras su hija, oculta detrás de uno de los asientos del autobús, se tapaba los oídos).

Flavio saboreó nuevamente el cuello de la pelirroja y le murmuró una promesa erótica. Ella soltó una risita debido a la loca ocurrencia de Flavio, le acarició los hombros y le contó al oído una fantasía propia. Él sintió la sangre borbotear de excitación, apretó uno de los muslos de la chica y se levantó a servirle el trago que ella le había pedido.

(La mujer murió en el hospital a causa de una severa golpiza. Presentaba una contusión en el cráneo y hematomas por todo el cuerpo. Los oficiales recogieron a la niña sin hacer esfuerzo alguno por consolarla. La pequeña pisó infinidad de orfanatos, pasando de tragedia en tragedia, sin soltar nunca de su memoria el rostro de tres jóvenes).

Flavio vaciaba vodka en un vaso mientras la emoción dibujaba sonrisas en su rostro. Tapó la botella, se acomodó el pelo, se secó la frente y dio media vuelta con el trago servido.

En ese momento, su cabeza fue impactada por un objeto desconocido. El golpe aterrizó muy cerca de sus ojos, nublándole la vista con un intenso color rojo. Una vez en el suelo, el objeto siguió estampándose en sus piernas, pecho, brazos... en cada parte de su cuerpo que estuviera descubierta.

En medio de la vorágine, sólo alcanzó a distinguir la luz de la lámpara, una melena pelirroja y uno de sus palos de golf estampándose frenético contra él.

La muerte llegó pateando la puerta del departamento.

Después de largo rato, la pelirroja soltó el palo de golf. Su mano temblorosa extrajo de su bolso una pequeña lista de papel. Con un bolígrafo, tachó uno de los nombres escritos.

Le quedaban dos...

Es su letra

Ella abrió la carta:

Miranda, si estás leyendo esto significa que ya estoy a kilómetros de casa. Quiero agradecerte estos quince años juntos y las dos hermosas hijas que engendramos. Las amo a mi manera y lo sabes. Sin embargo, ya no podía soportarlo. Todo era estática contigo, conmigo, con nuestra vida. Estaba muriendo hasta que ella llegó a rescatarme. Su cabello rubio, su mirada enigmática y la forma salvaje con la que me hace el amor, eran lo que necesitaba para recordar quién soy, para sentirme nuevamente vivo. La amo, como te amé a ti alguna vez. Lo nuestro ya no funcionaba, pues a pesar de conocernos desde hace mucho tiempo ya nos habíamos convertido en extraños. No éramos felices, al menos yo no lo era, debes entender y dejarme ir. He tomado el dinero del banco y empezaré una nueva vida, espero que hagas lo mismo; vuelve con tus padres, encuentra a alguien más, alguien que sí pueda quererte como lo mereces. Inventar un pretexto para que mis hijas no me odien, diles que las amé y las amaré siempre, diles que no fui un mal hombre. Miranda, gracias por todo. Espero puedas entender.

Ella cerró la carta, y disimulando las lágrimas de impotencia, se la devolvió al detective. «Sí, es su letra», dijo con esfuerzo.

Después caminó a través de la masa de oficiales y curiosos que se habían amotinado en ese punto de la ciudad. Avanzó con la melancolía sosteniéndole la mano, los edificios la miraban, esperando que aquella mujer se desplomara en cualquier momento. Finalmente llegó a la banda amarilla: ahí estaba el hombre al que amó por más de quince años, tirado en la calle, con un orificio rojo en la cabeza. Hombres de saco gris le tomaban fotos mientras algunos oficiales recogían muestras del suelo con la cautela de un gato.

La rabia que le provocó la carta, ahora era una mezcla de lástima y amor desgastado que caía frágilmente sobre el cadáver de su esposo. Miranda se despedía en silencio, parada detrás de la banda amarilla, ignorando las preguntas en forma de disparo que le hacían las personas a su alrededor...

En las afueras de la ciudad, un auto avanzaba a gran velocidad. En él viajaba una hermosa mujer rubia, con una maleta repleta de dinero, acompañada de un hombre joven y apuesto, con una pistola recién usada.

Estrellas dormidas

Un hombre y una mujer, rotos y desgastados, contemplaban una enorme fogata.

En aquel lugar sólo había coyotes, cactus y pedazos de luna regados en la tierra. Detrás de ellos se dibujaba una cabaña, la cual serviría de refugio hasta que la madrugada se muriera.

La mujer, con las pupilas fijas en las llamas, dejó que el pasado viniera por ella. Los recuerdos de una hija que no alcanzó a cumplir los siete años le volcaron la cabeza. La muerte le había robado sus risitas y el amoroso calor de sus besos sorpresa. Encontraron su pequeño cuerpo en uno de esos rincones incompletos de la ciudad, en un mal intento del señor Vilchis porque nunca fuese descubierta.

La mujer se vio tentada a dejarse caer en la fogata mientras su memoria repetía el nombre de su hija letra por letra. Su felicidad y el señor Vilchis se habían escapado. Y ambos eligieron la misma noche.

El hombre, por su parte, buscaba entre las chispas que soltaba la fogata el rostro de su propia hija. Ella se quedó a medio camino de los doce años, su sonrisa de luna era uno de esos majestuosos espectáculos que él nunca se tomó el tiempo de apreciar. Su muerte trajo consigo una pena con dientes y garras. El profesor de su hija, el señor Vilchis, había tomado lo que le interesaba de la niña y había botado el resto, dejando sólo un cadáver inanimado. Todas las estrellas estaban dormidas cuando se fugó.

Ahora, tras conocerse unos meses antes, aquella mujer y aquel hombre con los corazones encogidos se habían reunido en ese lugar fuera del alcance de todos, en un desesperado intento porque sus historias encajaran. Se tomaron fuertemente de la mano, lo cual no fue una señal de romanticismo, sino un gesto de solidaridad. Sus miradas contemplaban cómo la fogata se alzaba hasta casi rasgar las estrellas. Una fogata imperial, una fogata llena de rabia, una fogata que masticaba, una y otra vez, el cadáver del señor Vilchis.

Yerba del cerro

En el punto más apacible del cerro, un auto estaba estacionado con dos mujeres fumando dentro.

La mujer de cabello rubio habló primero:

Christian era encantador. Le gustaban las carreras, el vino blanco y mis piernas. Decía que yo era auténtica, que no estaría conmigo si no lo fuera. Le gustaba bañarse conmigo, ni siquiera me lo pedía, simplemente me sorprendía en la ducha. Esos gestos espontáneos me encantaban de él. Me decía alguna frase sacada de una revista y se sonrojaba cuando lo ponía en evidencia. A veces llegaba con rastros de perfume de cereza, porque a una de sus tías le encantaba abrazarlo. Al menos eso decía él. Me llamaba por teléfono en la madrugada, pues siempre supo que me gustaba dormir tarde. Entonces me contaba lo que iba a hacerme cuando me tuviera enfrente, y sabía sacarme una sonrisa traviesa con alguna locura que se le ocurría. Tenía un don para entrar al corazón de las mujeres, una vez me dijo que lo heredó de su abuelo. Cuando se sorprendía, sus cejas se arqueaban como las alas de un cisne. Eso me fascinaba.

La mujer de cabello castaño habló después:

Definitivamente encantador. Me llevaba a mi restaurante favorito, y se ponía nervioso si se topaba con alguien que lo conociera. Decía que mis ojos eran ventanas a un universo distinto, ahora sé que lo sacó de una revista. Lo enloquecían los vestidos de encaje y mi perfume de cereza. Besaba mis oídos mientras me tocaba las piernas, así me convencía de ir a la cama. A veces, después de hacer el amor, yo despertaba de madrugada y lo sorprendía hablando por teléfono. Era un hombre con mucho trabajo, así que nunca lo cuestioné. Sí, Christian estaba lleno de secretos.

Ambas mujeres estallaron en risas, y terminaron su cigarro casi al mismo tiempo. Después fueron a la parte trasera del auto y abrieron la cajuela. Ahí estaba el cuerpo de Christian, muerto igual que la yerba del cerro.

Estaba envuelto en sábanas y sacarlo no les costó trabajo. Lo arrastraron hasta la orilla de un barranco sin interrumpir en ningún momento la divertida conversación.

Intercambiaron un par de anécdotas más, y luego arrojaron a Christian por el monstruoso precipicio, donde las piedras lo recibieron con hostilidad.

Durante los próximos días, los cuervos no pasarían hambre.

Sex Tape

Alba se lanzó desde la azotea. Algunos dijeron haberla visto murmurar, otros dijeron que ya estaba muerta incluso antes de lanzarse. Bruno fue el único que no dijo nada.

Un video había sido difundido en su escuela. En él aparecía Alba manteniendo relaciones con tres chicos. A Bruno le pareció emocionante compartir a su novia con dos de sus amigos. Más que un deseo, era un reto para él. Debía demostrarse a sí mismo y a los demás que podía doblegar a una chica. Ella lo amaba, y él presionó lo suficiente para que aceptara.

Lo demás fue simple: esparcir el video por toda la escuela. De ese modo todos comprobarían su poderío, la influencia que Bruno podía tener sobre una chica. Entonces se llevaría los aplausos y la fama.

Lo que no estaba previsto fue que las burlas despedazaran a Alba. Para ella las consecuencias se extendieron a perímetros más amplios: su familia, sus amistades, los docentes. Su espalda soportó demasiado peso, su delicado equilibrio disminuía con cada insulto, con cada estallido de carcajadas. Cada insinuación y señal despectiva le quebraba la piel, todas las espaldas del mundo se giraron simultáneamente para ella. Las voces de su escuela le otorgaban títulos diversos, aunque en resumidas cuentas, todos significaban lo mismo: la fácil, la golfa... la puta.

Al final, la muerte parecía más ligera que la vida, así que se dejó caer desde el techo.

Bruno no recibió ningún reclamo después del incidente, pero la culpa bailaba todas las noches dentro de su cuarto. El mundo no le reprochaba la muerte de Alba, pero su mente sí. En la escuela nadie lo veía como el monstruo que él mismo se sentía, pues los ojos de los demás preferían simplemente no mirarlo. Los adultos evadían el tema, las chicas posaban su mano en el hombro de Bruno en señal de apoyo, pero lo hacían dudosas, como si no estuvieran seguras de por qué lo consolaban exactamente.

Una tarde, Bruno caminaba regando sus pensamientos por la acera. El silencio se quejaba por cada paso que daba. La calle parecía triste, amarga, acabada... igual que Alba en sus últimos días. Las ventanas cerradas de los edificios protegían el mundo privado de cada habitante en la ciudad. El color gris pintaba el cielo, como si quisiera provocar el llanto de alguien.

Un auto se acercó en sentido contrario al de los pasos de Bruno y éste lo reconoció inmediatamente. Incluso antes de poder ver el rostro del conductor, Bruno sabía perfectamente quién era: el hermano mayor de Alba.

Pudo haber huido, pero sintió que debía quedarse. En cierta manera, necesitaba que alguien lo castigara para aliviarle generosamente la culpa. Una paliza hubiese estado bien, sería entendible, aceptable. Pero el hermano de Alba tenía una idea más elaborada.

*

Un video se esparció por toda la escuela, esta vez, con Bruno como protagonista. Estaba parado sobre una silla, atado de las manos y con una cuerda alrededor del cuello, la cual parecía una serpiente hecha de cáñamo. Un personaje con pasamontañas aparecía de la nada y lo miraba con un odio capaz de provocar incendios.

Después de unos segundos de tensión, el pie del encapuchado pateaba furioso la silla y el cuerpo de Bruno quedaba suspendido.

El video fue visto por todos en la escuela, pero hubo una diferencia palpable: nada de burlas ni comentarios. El silencio rigió en las bocas de los alumnos. De pronto las palabras eran un peligro, un tabú no declarado.

A Bruno nadie lo llamó zorra, ni golfa, ni le dedicaron dibujos obscenos en la pared del baño.

Rastros de sombra en el sofá

Julián sudaba y le suplicaba a la luna que lo cargara en brazos mientras una horda de monstruos corría detrás de él.

Las calles se habían vestido de gala, el cielo se había pintado de melancolía, y la noche se la pasaba recitando poemas. Entre tanto, en el suelo hostil de un pueblo caótico, Julián corría temeroso de que la muerte le tocara el hombro en cualquier instante.

Los monstruos se acercaban cada vez más, pesados y furiosos. Tenían rostros de caballos, cerdos, perros y cualquier otro animal capaz de intimidarlo. Algunos otros simplemente llevaban pañuelos que les cubrían la boca. Julián se tropezaba de vez en cuando y el suelo parecía abrazarlo para impedirle que se levantara. Sin embargo, motivado por su instinto de preservación, el chico lograba levantar su cuerpo del empedrado y seguir corriendo mientras los monstruos continuaban con su alocada cacería.

Y mientras la escena se desarrollaba y la desesperación jugaba con los gestos de Julián, las demás personas en el pueblo observaban desde la seguridad de una ventana. Los ojos curiosos disparaban miradas directamente a la piel de Julián y luego se clavaban en su carne. La gente emitía palabras que sólo hacían eco dentro de sus casas, en sus rostros se podía percibir el cálido alivio de estar protegidos por cuatro paredes. Julián tocó infinidad de puertas que nunca se abrieron, arrojó gritos que ningún oído se dignó a escuchar. La gente no hizo nada. La luna tampoco.

Los monstruos rugían embravecidos. Entre alaridos pronunciaban el nombre de Julián. Le contaban qué le harían cuando lo alcanzaran, le prometían una muerte llena de poesía.

Las pisadas y el empedrado parecían estar dando un concierto, la furia le otorgaba cierto calor a las calles, como si el sol hubiese salido de noche sólo para retar a la luna. Julián corría con el corazón a punto de abandonarlo para irse a habitar otro cuerpo. Corrió, corrió, corrió. Hasta que finalmente llegó a casa, el lugar que usaría como refugio poco efectivo.

Atravesó la puerta, y por un plácido segundo, pensó que la pesadilla había finalizado. Cerró los ojos y los apretó como si quisiera estallar. Sin embargo, las pisadas, los bufidos y los golpes seguían escuchándose en la calle, como un

carnaval en el que sólo participaban bestias. Pronto llegarían, derribarían la puerta y se tragarían a Julián.

El muchacho miró el interior de su casa, y el tiempo le concedió una tregua. Los recuerdos vinieron poco a poco, como una llovizna de agua cálida. Anita, Anita, Anita. El nombre de su amada formó una canción en su mente.

Julián evocó el sabor y la textura de sus labios. Sus ojos eran esmeraldas, su cintura era un refugio contra la miseria. Probablemente en el sofá aún había rastros de su sombra. Quizá su voz se había escondido en algún hueco de la pared, esperando a que Julián colocara el oído para escucharla murmurar. En ese pedazo de mundo, el amor venía para mitigar el caos, el peligro y la muerte. El muchacho lloró sin siquiera esforzarse por reprimir las lágrimas. Si Anita estuviera con él... hubiera, hubiera, hubiera. Maldito hubiera.

El sudor en su rostro le pedía que volviera al presente, la fatiga le aconsejaba seguir recordando un poco más. La palabra amor, inexplicablemente, rimaba con Anita. Aquella casa era un tributo a los momentos juntos, y el pasado se empeñaba en seguir existiendo. Los rayos de luna se filtraban por la ventana, propiciando una alegre alucinación: Anita bailando en medio de la sala. El rostro de Julián esbozó una triste sonrisa. Si el cielo hubiese contado con más nubes esa noche, probablemente hubiera llorado.

Y entonces, despedazando toda esa dulce nostalgia, un grupo de monstruos comenzó a patear la puerta, a romper las ventanas, y a gritar enfurecidos buscando a Julián.

El muchacho se levantó y subió por las escaleras mientras todos aquellos caballos, cerdos, perros y encapuchados entraban a la casa destruyéndolo todo. Corazones vestidos de rabia, miradas coléricas que buscaban a su objetivo.

Julián logró llegar a la azotea. La luna lo estaba esperando. Un grotesco eco de voces se acercaba desde la planta baja. Julián quiso pronunciar el nombre de Anita, pero sintió que no tenía derecho. Miró el cielo, e imaginó que su amada era la estrella más brillante y que le estaba sonriendo. El pueblo estaba quieto, anhelante, hermosamente desastroso. Los monstruos llegaron a la azotea y encontraron a Julián parado en una orilla. Corrieron hacia él, generando una dramática resonancia con sus pesados pasos. Los labios abiertos emitían gritos que deleitaban a la muerte.

Los ojos de Julián se cerraron para permitirle imaginar que Anita le besaba la frente. El muchacho dejó que su cuerpo resbalara desde la orilla, abrió los brazos como si quisiera volar. El viento corrió en dirección contraria, intentando

inútilmente empujarlo para que no cayera. Los cerros cantaron mientras el cuerpo de Julián descendía. Y cuando chocó contra el empedrado, la muerte aplaudió.

Silencio, todo se volvió silencio. Los monstruos se asomaron al vacío para toparse con el cadáver de Julián. Arrojaron sus palos y tubos al suelo, cansados y emocionalmente agitados. Se miraron entre sí, como si buscaran calma en otros ojos.

Una mujer con el corazón roto y el rostro adornado de tristeza llegó hasta la azotea. En ese momento, todos aquellos hombres se quitaron las máscaras, las bandas y los pañuelos para mostrarse como humanos ante ella.

No hubo palabras que se escaparan de los labios de la mujer, todos le abrieron paso bajando la cabeza. Al llegar a la orilla de la azotea, la mujer se asomó. El cadáver de Julián no la complacía tanto como aquel grupo de hombres imaginaba. No le arrancaría su pena, no le devolvería a su hija.

Anita había pasado sus últimas horas a lado de Julián, intentando explicarle que no estaba enamorada de él, y que ni siquiera se conocían bien.

Una tarde en la plaza, Anita lo había saludado por cortesía. Y eso fue suficiente para Julián...

De Madrugada

Ella abrió los ojos. Estaba oscuro, pero una delgada línea proyectaba luz, dándole una buena noticia: la cajuela del auto estaba abierta.

El cuerpo le ardía al moverse, salir del auto pareció una misión titánica. Él seguía dentro de la casa, quizá pensando en cómo deshacerse de un cadáver. Ella seguía viva, él no lo sabía, y ésa era una ventaja que no se podía desperdiciar.

Ya la había agredido antes, pero esta vez había ido más lejos, esta vez había intentado matarla. Lo que sería un apacible fin de semana a solas, se convirtió en doce horas de patadas y puñetazos.

Sus padres abandonaron la casa para ir de viaje, y su novio llegó una hora después, tal y como lo habían acordado. Ella lo invitó a pasar, destaparon unas cervezas y entablaron una conversación que sólo interrumpían para besarse. Cuando los cuerpos se estaban acercando, el mensaje de un amigo irrumpió en el celular de la chica. A él no le gustó nada, y discutió con ella como si reclamara una propiedad. Las palabras se estampaban en las paredes, los labios daban argumentos sin sentido. Los gritos aumentaron su calibre con cada replica, hasta que finalmente, la mente del chico se descarriló. Y después del primer golpe, se desató una estampida.

Las siguientes doce horas fueron una lucha inconsciente por demostrarle que él mandaba. El chico no lo sabía, pero una pequeña sección de su cabeza quería fervientemente aclararle que ella le pertenecía, que la amaba tanto como para ser su dueño. Cada golpe escondía un «te amo» dicho de la manera equivocada, en un extraño lenguaje que la chica no podía entender. Las horas avanzaban en una carrera contra la madrugada. El chico se detenía por momentos, y hablaba desesperadamente con ella, intentando expresar algo inexpresable. Se tranquilizaba, perdía el control, sufría, disfrutaba, la luna lo contradecía y una palabra imprudente de su novia lo hacía volver a golpearla.

En cierto punto de la odisea, ella dejó de moverse. Y él, después de revisarla y dejar que el pánico se lo comiera, terminó dándola por muerta.

*

Al salir de la cajuela del auto, la chica se dirigió al cuarto de sus padres. Ahí había un cajón con algo que necesitaba urgentemente.

En la cocina, él caminaba alterado. Se movía de un lado a otro como si en alguno de los estantes fuera a encontrar la solución a su problema. ¿Qué haría con una novia muerta?

Putá. Ella tenía la culpa, siempre lo desobedecía, sabía perfectamente que estaba prohibido hablar con otros chicos. ¿Y ahora qué? Podía llamarle a alguna de sus amigas, ellas podrían ayudarlo. Tenía que considerar sus posibilidades, limpiar cada huella, cubrir con tierra hasta el último centímetro de cadáver.

Esos pensamientos se le amontonaban cuando un ruido a sus espaldas lo puso en guardia, obligándolo a voltear.

Ella y el revólver lo miraban fijamente. La madrugada seguía pintando el cielo, la cocina estuvo a punto de volcarse. Él se asomó, la mueca en su rostro le restó parte de su encanto. Intentó disuadirla con palabras que se enredaban unas con otras hasta perder el sentido. Desesperado, jugó su última carta. En un movimiento abrupto se estiró por un cuchillo, pero dos disparos, torpes aunque certeros, le alcanzaron el pecho. Contempló su sangre componer un charco. ¿Era de color distinto? ¿Por qué le causaba tanto horror? ¿Había diferencia entre su propia sangre y la de su novia? Su primer reflejo fue cerrar los ojos.

Ella soltó el arma y se dejó caer como una estrella que se desploma después de haber emitido su luz más intensa. Se arrastró por el suelo, estiró la mano, y alcanzó un teléfono...

Uxoricidio

Veinticinco años atrás, un pequeño llamado Raúl tenía una madre con moretones y un padre en borrachera permanente.

Vivían en una casa tapizada de gritos. En la mesa había un jarrón con flores que siempre se cambiaban después de una paliza. El pequeño jugaba en el patio, tratando de ignorar el sonido de los cristales reventándose en el interior de su hogar. De noche, su madre lo abrazaba fuertemente, lo besaba, y siempre le dejaba en la frente rastros de lágrimas o de sangre. Su madre parecía adicta a las disculpas y palabras endulzadas. «Te aseguro que ésta fue la última vez», decía su padre. Y entonces todo recuperaba su color, había besos amorosos, caricias en la mejilla y flores nuevas en la mesa.

Sin embargo, una tarde finalmente fue la tan esperada última vez. Refugiado en un pequeño cuarto, Raúl escuchó las patadas y reclamos, los cuales duraron más de lo normal. El odio hizo estallar la habitación de al lado, donde su madre y padre tenían una batalla con desventaja para ella.

Los golpes cesaron, y enseguida hizo aparición un sonido más agudo y perturbador: el llanto de su padre.

El hombre le exigía a su esposa que recuperara el pulso. Le pedía que volviera a la vida, pero irónicamente, ésa fue la primera orden que ella desobedeció.

El hombre se olvidó de Raúl, y en un concierto de acongojados gemidos, besó el rostro hinchado de su mujer antes de meterse un arma en la boca.

El rugido de un disparo ahuyentó a algunos cuervos curiosos.

«¿Por qué no te quedaste conmigo? ¿Por qué no lo dejaste después del primer golpe? ¿Quién me resguardará del invierno? ¿Quién me prestará su cuello para llorar? ¿Por qué te vas si tus nuevas flores aún no se han secado?».

Y quizá por rabia, Raúl llegó a la conclusión de que su madre no tenía el poder de alejarse de un hombre como su padre... se convenció a sí mismo de que ninguna mujer podía.

*

Hoy en día, un tipo llamado Alex golpea a su joven esposa. Esta noche en particular, le ha estrellado una sartén en la nuca. Una niña llora oculta en el armario mientras el cabello de su madre se sigue mojando de sangre. Los gritos

y reclamos de Alex aterrizan sobre la mujer tirada en el suelo. Desde ahí, ella sigue siendo agredida violentamente. Hasta que de pronto, algo cambia. Y la luna no sabe si para bien o para mal.

Ella escucha los puñetazos y patadas de su marido, pero curiosamente, ya no es su cuerpo el que los recibe. El tiempo hizo una parada breve y la sangre en su oído le ha robado los sonidos. Con poca fuerza y su mundo temblando, la mujer gira la cabeza buscando el rostro de Alex.

Entonces observa a dos hombres peleando: uno de ellos es su esposo, el otro es un hombre tosco, corpulento, vestido de negro, y con una máscara que semeja el rostro de una mujer. A pesar de todo, trata de levantarse para defender a su marido, pero sus heridas se lo impiden. Un par de puños colosales se estrellan en la piel de Alex hasta que éste deja de moverse. El hombre con la máscara de mujer sigue golpeando el cadáver por inercia, como si quisiera sacarle más jugo a una naranja que ya está completamente seca.

Suelta el cuerpo de Alex y emite un alarido que parece el llanto de una bestia. La luna lo escucha y se cubre los oídos.

*

Unas horas más tarde, en un punto aislado de la carretera, Raúl se quita la máscara para tomarse una cerveza. Se masajea los nudillos mientras derrama pensamientos: la mujer va a detestarme, intentará perseguirme incluso, pero al menos la niña crecerá segura a lado de su madre.

Se acaba la cerveza y hace algunas cuentas: éste es el noveno hombre al que asesina, y aún no se siente satisfecho...

Despedida

Levantó las maletas, y le pareció que pesaban como si llevaran arena. Se equivocaba: eran recuerdos.

La melancolía retorció una pequeña zona de su pecho, obligándolo a mirar las fotografías una vez más. Su esposa, su hija y él, eran ahora una imagen ajena, la broma de un pasado que se aferraba salvajemente a seguir con vida. La niña en la foto enseñaba la lengua mientras sus mejillas recibían dos besos simultáneos, amorosos, eternos. El hombre cerró los ojos y su memoria destrozó la habitación. Ahora lo entendía: el día que murió su hija, él y su esposa también lo hicieron. Cada uno de manera particular.

Caminó por el pasillo, donde la tristeza yacía en el suelo clavándose una aguja en el antebrazo. Se detuvo en la puerta de la recámara, donde su esposa miraba por la ventana intentando retener los recuerdos más escurridizos. Él miraba al frente, había decidido abandonar el lugar, había decidido no voltear a verla.

*

El silencio contó la historia de un tipo ebrio y de una niña que se difuminó bajo los neumáticos de un auto...

*

La pena acariciaba los párpados de la pareja hasta provocar un lagrimeo. Él la amó con la fuerza de mil embestidas, la amó como sólo los valientes se atreven, pero ella era una persona distinta ahora, había convertido la justicia en un rito salvaje. Él no la delataría, pero tampoco podía estar cerca de ella. Ya no.

Bajó las escaleras, y las paredes intentaron disuadirlo con argumentos inventados. Cruzó la cocina, la sala, hubiese cruzado una tormenta de haber sido necesario. Finalmente llegó a la puerta, ahí la soledad esperaba su partida para reclamar el lugar. Su esposa oyó el suave y monstruoso golpe de la puerta; aun así, su mirada permaneció firme en la ventana. Sufría, pero no estaba arrepentida.

*

El silencio contó la historia de una madre herida, un arma discreta, una calle pintada de sombras y el cuerpo de un tipo ebrio cayendo pesadamente sobre la acera...

Aguardiente

Ella despertó y la madrugada aún estaba ahí. Le dolía moverse, su cuerpo se había convertido en un mapa de moretones. El mundo se había reducido a la mitad, pues su ojo derecho continuaba hinchado.

Él dormía. “Cállate viento, cállense pasos, no debemos despertarlo”. Ella se levantó de la cama rogándole al silencio que no se fuera, el suelo de madera se quejaba en voz baja por cada uno de sus pasos. La mujer exprimía su memoria al máximo para recordar el lugar exacto de cada mueble, pues tropezar en la oscuridad significaría arruinar la misión.

Bajó las escaleras con la cautela de un gato y sus huesos protestaron en cada metro que avanzó. La puerta la miraba molesta, pero entre tantas sombras, la mujer no lo notó. Quitó el seguro, abrió la puerta y el viento se le lanzó a la cara como si quisiera robarle un beso. Pisó la tierra, y una sensación reconfortante la abrazó al darse cuenta que sus pasos ya no provocaban ruido. Siguió la extenuante travesía hasta llegar a una caja de cartón, en la cual su marido guardaba botellas de vidrio. Tomó algunas, y entonces sacó la reserva de energía que había guardado dentro de sí misma.

Estrelló las botellas contra las paredes de la casa. Los cristales gritaron al quebrarse, provocando una tormenta de ruido, misma que fue escuchada por el hombre que dormía dentro de la casa.

El sujeto despertó, y el escándalo lo hizo asomarse por la ventana. Entonces pudo ver una silueta que avanzaba torpemente por el camino llano. Le tomó tres segundos resolver el misterio: su esposa estaba huyendo.

Por inercia, el hombre se imaginó golpeando nuevamente a la mujer que escapaba. Salió disparado tras su presa, bajó las escaleras acabando con todo rastro de silencio. Abrió la puerta, y en cuanto salió al camino, las criaturas nocturnas corrieron a sus madrigueras.

La mujer corría, pero sus piernas dolidas frenaban un poco su avance. Debía seguir, debía pelear esta vez. Aún estaba oscuro, pero el sol no tardaría mucho en aparecer.

No se sentía tentada a mirar atrás, porque sabía exactamente lo que había: su marido con una mueca de odio.

El campo atestiguó la violenta persecución. La mujer llevaba unos metros de ventaja, los cuales iban reduciéndose a cada segundo. El cielo empezaba a despuntar rayos de luz, las estrellas bostezaban, la luna se colocaba la pijama, y la mujer corría luchando contra sus propias ganas de tirarse al suelo.

El hombre la vio cruzar difícilmente por una cerca, la cual, él atravesó de un salto.

En cuanto cayó del otro lado, sus zapatos levantaron arena. Miró de un lado a otro sólo para darse cuenta que la cerca formaba un círculo irregular. El cerro escupía luz, pero el sol aún no hacía acto de presencia.

El hombre buscó desesperadamente, y encontró a su mujer en la otra esquina del terreno, golpeando con un palo una pequeña puerta de madera. Se precipitó hacía ella con una mirada de odio, pero antes de poder alcanzarla, la mujer abrió la puerta que golpeaba.

Una bestia, furiosa por haber sido despertada, salió con los cuernos deseosos de guerra. Aquel imponente toro estaba irritado por el escándalo, bufaba enardecido como si pidiera una explicación. Estaba convertido en ochocientos kilogramos de ira, y al dirigir los ojos al frente, encontró un objetivo móvil que lo miraba con pánico en el rostro.

El toro no prestó atención a la mueca asustada del hombre, se limitó a dejar que la rabia se disparara en forma de embestidas. El choque hizo que el sol dudara si quería salir.

La muerte, recargada en la cerca de madera, tomaba aguardiente mientras observaba la función.

Trofeos

Ella fumaba serenamente, dejando que sus pensamientos fermentaran. Él seguía a lado izquierdo de la cama, sus párpados quietos y su pecho desnudo le daban cierta aurora de ternura.

Otra vez estaba sin ropa con un tipo en su cama. ¿Por qué lo seguía haciendo? Mil noches, mil hombres, el mismo vacío que se llenaba temporalmente para después regresar de manera salvaje.

La luna se acurrucó en sus piernas, y ella se revolcó en el mismo charco lodoso de memoria: el recuerdo de su padre.

Su padre era un ejemplo de rectitud, el caballero de los buenos valores, apreciado por toda su comunidad. Pero de noche, cuando el mundo se vaciaba y sólo quedaba ella, aquel hombre se quitaba la camisa y la máscara de benevolencia. Arremetía contra ella y se adueñaba de su cuerpo, intentando apagar una sed violenta, una ansiedad por piel joven.

Y así creció ella, entre falsas apariencias y recuerdos rasposos.

Por eso hacía esto, vagar noche tras noche, saltando de una cama a otra, grabándose nombres y miradas que olvidaría al día siguiente.

El reloj marcaba las dos de la mañana, y la cajetilla de cigarros estaba a punto de acabarse. Ella murmuró el nombre de su padre, para luego frotar el pecho de su compañero de aquella noche. De inmediato, su mano se manchó de sangre. Se levantó, y como de costumbre, tomó una foto del cadáver, su preciado trofeo.

Limpio y borró toda evidencia con meticuloso profesionalismo. Le aulló a la luna, ese acto le parecía divertido. Se colocó de nuevo la ropa y abandonó el lugar mientras la luna le contestaba el aullido.

Se iría tranquila por ahora, pero en algún momento, su vicio regresaría. Al llegar a su departamento caería plácidamente dormida...

Bala de Cañón

Él la amaba. Ella no.

Fue muy clara y cálida al decírselo: «Eres un buen hombre, valoro tus sentimientos y lamento no poder corresponderlos. No te dejaré puertas abiertas porque tú mereces algo más que vivir colgado a una ilusión. Lo lamento, pero mi amor le pertenece a otro hombre».

Una tarde, él se internó en lo profundo del parque. Pensaba en Miranda y su delicado cabello rojo. Sabía perfectamente que ella tenía razón, y tampoco podía reprocharle por amar a otro. Pensaba en su vida, en sus escasas alegrías, en su soledad, en el amor no correspondido.

Nadie caminaba excepto él. Los árboles se preparaban para dormir, y la oscuridad ya empezaba a dibujar sombras. El chico caminaba dejando que sus pensamientos se atacaran entre sí, el nombre de Miranda jugaba a hacer ecos en su cabeza. El amor era un sueño ajeno a él, sus palabras y poesías se volvían carbón. Su vida estaba tan vacía que un solo renglón bastaba para describirla.

Entonces, de la nada y de manera abrupta, un grito de auxilio rebanó supreciado silencio.

Su mente lo transportó de la tristeza a la acción en un rápido golpe. Su oído siguió el rastro, y en un lugar cercano, halló a un hombre con un pasamontañas, más alto y fornido que él, arrancándole la falda a una chica de no más de dieciséis años.

Su primer reflejo fue buscar en los alrededores a otra persona. No había nadie, su cobardía le aconsejó alejarse, pero él, con las piernas temblorosas y la voz indispueta, corrió torpemente en su intento de ayudar.

Se abalanzó sobre la espalda del sujeto con pasamontañas, tratando de detenerlo, pero él se liberó con facilidad, impactando después un golpe en el rostro del chico sin considerarlo una amenaza.

Aturdido en el suelo, la mente del muchacho le jugó una broma, arrojándole pedazos de su vida: el rechazo, el mundo arrastrándolo a un rincón oscuro, la manera en que todos le pasaban encima. «Le lloras tanto a tu soledad, y a todo le pones una etiqueta de injusticia, porque en el fondo no quieres aceptar que es culpa tuya. Culpas al mundo, pero el mundo ni siquiera voltea a verte. Los

demás te consideran insignificante, porque al mirarte a los ojos, se dan cuenta de que así te sientes».

La rabia aprovechó su oportunidad para abrir una puerta que siempre había estado cerrada, sus venas bombearon magma, y sus penas se amotinaron en uno de sus puños, convirtiéndolo en una bala de cañón, la cual se estrelló contra el rostro cubierto del agresor.

Éste cayó al suelo, el cual lo recibió antipático. Se levantó y abortó la misión. Se alejó con un solo ojo funcionando, y desapareció usando la oscura tarde como camuflaje.

La chica enrolló su cuerpo en el suelo y ocultó su rostro. El llanto le comió las palabras, los gemidos eran su única forma de comunicación. Sólo quería regresar a casa y convertirla en una guarida. El chico, aún con la mente desencajada, prometió ayudarla. Sacó su teléfono, y empezó a presionar las teclas.

*

Después de correr por diez minutos, el hombre llegó a su auto y se quitó el pasamontañas. Lo habían lastimado en serio y necesitaba ayuda. Sabía hacia dónde conducir: iría a casa de su hermosa e inteligente novia pelirroja.

Se llamaba Miranda, ella sabría que hacer...

Historia de amor (O algo parecido)

Vicente, parado frente al sol, vio morir infinidad de atardeceres, esperando a una mujer que no regresaría.

Dentro de la casa, su padre, un monstruo de alcohol como cualquier otro, golpeaba el televisor para que funcionara. Había construido una madriguera con botellas vacías, y volcaba su odio en Vicente, estampando la frase «Se largó por tu culpa», en los oídos del chico. Él se llevó los puñetazos y patadas que ya no le tocaron a ella, él soportó los episodios violentos de borrachera que aún restaban. Agazapado en su habitación, Vicente se imaginaba a sí mismo convertido en roca, una que resistiera el impacto, una que pudiera devolver el ataque.

Recordaba todo en color y forma: una noche de luna somnolienta, su madre salió cautelosamente de la casa, como si temiese molestar al silencio con el sonido de sus zapatos. No volteó a mirarlo, las sombras no lo permitieron. El chico quiso creer que ella regresaría en un momento, pero los años avanzaron sin gracia, y el rostro de su madre se convirtió en un recuerdo deshilachado.

La luna solía decirle: «Vive un poco más, chico. Deja que tus puños y brazos ganen fuerza. Deja que la furia encuentre una válvula de escape».

*

Carolina le ayudaba a su madre a cubrir los moretones. También la asistía en la cocina, el platillo debía ser espléndido para que él no se pusiera de malas. Carolina, sin tantos años en la espalda, veía a su madre como a una niña encaprichada con un cretino. Escuchó pasmada mil confrontaciones, discusiones y bofetadas. Algunas noches, desde su habitación, oía los gritos y rugidos, ya fuesen de pasión o de odio. Él no era su padre, y en cierto modo, lo agradecía. Pasó desapercibida para él hasta el día que necesitó un sostén, cuando sus piernas y caderas despertaron, cuando su mirada ya no proyectaba a una niña, sino a una mujer.

Su madre no quiso creerle. Su madre, más que de tristeza, lloró de celos. La abofeteó engañándose a sí misma. En realidad no le reprochaba una supuesta mentira, le reprochaba el hecho de haber crecido. Carolina lo entendió después

de un tiempo: su madre no iba a reaccionar. Y aunque las manos y lujuria de aquel hombre todavía no habían logrado su cometido, era sólo cuestión de tiempo.

*

En el tren número cuatro, Carolina caminaba buscando un asiento. Con cada paso hacia adelante iba tirando recuerdos. El rostro furioso de su madre parecía dibujarse en las ventanas, y aunque el coraje bloqueaba la ruta del llanto, era difícil seguir aguantando. Su vida y su mundo colapsarían en cuanto el tren diera marcha, en cuanto ella dejara atrás su pueblo natal.

Encontró un asiento disponible, y ese resultó ser un momento de lo más abrumador. La inquietó reconocer su propia mirada en aquel chico con moretones, sentado en la butaca contigua. El mismo fuego en las pupilas que revela tener una misión, esa expresión que proclamaba que algún día regresaría al lugar que estaba abandonando en ese momento.

Durante el viaje, Carolina intentó abrir una ventana, pero Vicente se le adelantó. Fue así como se inició una conversación casual y un tanto ácida, la cual se fue intensificando conforme el tren avanzaba. Los secretos y penas de ambos se iban escapando por las diminutas rendijas que dejaban en sus palabras.

Y ahí estaban ellos: dos balas perdidas, que se acababan de encontrar...

Carrito de los tesoros

La pequeña jugaba en el campo cuando una voz llamó su atención.

Siguió el sonido y llegó a un pozo que estaba a la altura del suelo. Era viejo y ya nadie lo usaba. Se asomó y encontró a un hombre herido en el fondo. La gran estrella que le cubría el pecho le pareció curiosa.

El hombre la miró con alivio y le preguntó su nombre y su edad para iniciar una charla. La desesperación se le asomaba en el rostro, pero intentaba mantener un tono dulce para que la niña no se fuera.

«Jugaremos a la misión secreta. Debes traerme comida de inmediato, pero no puedes decirle a nadie o si no perderás el juego», dijo el hombre notablemente alterado, a pesar de su intento por disimularlo.

La niña regresó a su pequeña casa ubicada no muy lejos del lugar. Al llegar, halló a su padre llorando en los escalones, últimamente siempre lo hacía. Se metió a la casa sin que él pudiera verla y se asomó a uno de los cuartos buscando a su madre. Ella no estaba, hacía días que no la veía, ¿cuándo iba a volver?

Estaba anocheciendo, así que la niña dejó de lado la misión secreta.

Al amanecer, tomó su carrito de los tesoros, un carrito en el cual llevaba todo tipo de cosas curiosas: unas corcholatas, una enorme canica, una muñeca, la navaja de su padre y una piedra muy rara que se había encontrado. Fue a la cocina y agregó a su carrito dos panes, una bolsa de galletas y una cantimplora que llenó con leche fresca. Salió de casa y tomó la misma ruta del día anterior.

Cuando regresó al pozo, el hombre estaba irritado por su tardanza, pero no hizo ningún tipo de reclamo para no echar a perder su oportunidad. La niña le lanzó las provisiones y miró de nuevo la gran estrella en su pecho mientras él comía desesperado. Estaba fascinada por aquella figura.

En cuanto el hombre terminó de alimentarse, le dio una nueva misión. «Ahora debes traerme la cuerda más larga que encuentres, pero recuerda que no puedes decirle a nadie o pierdes el juego».

La niña regresó a casa poco después de mediodía. Esta vez, su padre la recibió con un abrazo intenso y se desplomó en llanto mientras le besaba las mejillas. «Nena, mami no podrá volver a casa. Te amo, te amo muchísimo, lo sabes, ¿verdad?».

El resto de la tarde se la pasó junto a su padre. Jugaron cartas, miraron fotos viejas, él le cocinó su comida preferida, y ella se quedó dormida en su pecho al anochecer.

La niña se despertó temprano al día siguiente, su padre aún no abría los ojos, y ella se escabulló en silencio. El sol estaba alegre y se besaba de vez en cuando con las nubes, el viento acariciaba la yerba gentilmente como si la peinara.

La pequeña se dirigió al taller de su padre y tomó la cuerda que tenía en mente desde el día anterior. La acomodó con algo de esfuerzo en su carrito de los tesoros y emprendió su camino al pozo.

Al llegar, el hombre le dio instrucciones específicas. Le indicó cómo enredar la cuerda al tronco de un árbol y ella, para asombro y alivio del hombre, lo logró sin mucho esfuerzo.

Después lanzó el resto de la cuerda al pozo, tal como él se lo pidió.

La niña pasó largo rato observando al hombre y sus intentos fallidos por escalar. Estaba débil y lastimado, subía algunos centímetros para luego caer abruptamente.

Se hacía tarde y la niña le explicó que debía irse. Él no puso objeción alguna, pero le recordó nuevamente que no podía hablar con nadie del asunto. «En cuanto salga de aquí, voy a buscarte, y te daré una nueva misión».

La niña dio media vuelta y empezó su marcha de regreso a casa. Estaba satisfecha con las misiones que hasta ahora había cumplido sin problema, y se preguntó cuál sería la próxima.

Uno de esos autos con luces rojas y azules estaba frente a su casa cuando ella llegó. Había visto un par de esos en una ocasión que acompañó a su padre a la ciudad, y recordó que hacían un ruido muy molesto.

Se deslizó sigilosamente para no ser vista, y se quedó detrás de la puerta para escuchar. Su padre platicaba con dos hombres. Él lloraba, y ellos intentaban consolarlo.

«Abuso» y «Asesinato» fueron términos que ella no comprendió, pero era una niña astuta, e interpretó la conversación: un hombre le había hecho algo muy malo a mamá y luego había escapado en la oscuridad.

«Lo seguimos buscando, uno de los granjeros alcanzó a verlo mientras huía: cabello negro, piel clara y una estrella estampada en su playera gris. Parece que no es de por aquí», dijo uno de los oficiales.

La niña se imaginó al hombre corriendo de noche por el campo. Quizá la oscuridad le había jugado una broma y había terminado cayendo dentro del pozo.

Al anochecer, la niña comió su cena sin emitir palabra. Su padre la acurrucó en la cama y le leyó un cuento para que se durmiera. La luna tocó el violín toda la madrugada poniendo a bailar a las estrellas.

Al siguiente día, la niña regresó al pozo con su carrito de los tesoros.

Se asomó, y se dio cuenta de que al hombre le quedaban escasos metros por trepar. Ella lo miró sin odio, sin rencor, sin ninguna de esas emociones que nos convierten en monstruos, pero con un dejo de conciencia infantil que le dictaba que debía hacer lo correcto. El hombre miró hacia arriba y chocó con los ojos grises de la pequeña, unos ojos que parecían hablarle.

La niña buscó en su carrito de los tesoros, y rodeó la navaja de su padre con las manos. Buscó el lado más delgado de la cuerda, y luego, mientras un grupo de cuervos salía disparado desde un árbol, la cortó.

Esta vez, la caída fue fatal.

Una cerveza

El lugar era una fuente de sodas. Un local abarrotado de risas espontáneas, besos efusivos y amigos encontrándose.

La música escapaba de la garganta de una rockola, la cual acataba la voluntad de aquellos que insertaban monedas en su vientre. Las bebidas adornaban las mesas y animaban las conversaciones. Los vasos chocaban, las sonrisas se abrían paso en los labios de las personas y las bromas se colaban a las mesas más cercanas, haciendo reír incluso a los que no participaban en la plática.

En el centro del lugar, había una mesa color naranja donde se desarrollaba una escena muy peculiar. Se trataba de una cita a ciegas, cuyos integrantes eran una mujer espectacularmente hermosa y un hombre muy nervioso.

Se miraban el uno al otro. Ella no dejaba de sonreír, sus facciones parecían pinceladas artísticas. Él no dejaba de sudar, su frente era un iceberg derritiéndose tras el impacto de un meteoro.

—¿Puedo besarte? —preguntó la mujer, con una deleitante voz de arpa.

—No, yo..., eh..., no..., mejor sólo... conversemos, ¿te parece? Hay que conversar —dijo él con un nerviosismo que hacía que sus palabras se derrajaran.

—En serio quiero besarte —respondió ella mientras estampaba sus pupilas directamente en las de él.

—¡No! Por favor, conversemos. Sólo... hablemos, ¿sí? Sólo conversemos...

—¿Y de qué quieres que hablemos? —preguntó la mujer mientras recargaba la barbilla en uno de sus puños.

—No lo sé... ¡De lo que sea! ¡De lo que tú quieras!

—Hablemos... mmm... de tu exnovia, ¿qué te parece? —preguntó ella.

El hombre sintió que el invierno entraba por sus venas, quería levantarse del asiento, pero éste parecía tener garras que lo sostenían por la cintura.

—Se llamaba Roxana, ¿no es así? —prosiguió la mujer—. Dime, ¿qué le gustaba a Roxana? ¿Ver películas? ¿Ir a conciertos? ¿Hablar con otros tipos enfrente de ti?

Los puños del hombre se cerraron frenéticamente, provocando que la mesa temblara un poco. Miraba el suelo para no enfrentar las pupilas grises de la

mujer. Su garganta empezaba a llenarse de nudos, y habló antes de que estos se lo impidieran.

—Ella era hermosa. En serio lo era. La amaba tanto, era mi princesa —dijo el hombre al borde del llanto.

—Entonces, ¿la amabas?

—Sí... claro que la amaba, la amaba como nadie lo había hecho —respondió el hombre con lágrimas bajando igual que serpientes por sus mejillas.

—¿Entonces por qué hiciste lo que hiciste? —preguntó ella.

El hombre se quebró, su llanto fue un relámpago que peleó contra la música del lugar. Sin embargo, nadie pareció notarlo.

—Yo la amaba —dijo gimoteando—. Pero ella... tú debes saberlo... ella tenía muchos amigos, hablaba con muchos tipos —el hombre hizo una pausa y luego prosiguió con un leve cambio de molestia en la voz—. ¡Ella sabía que eso no me gustaba! Lo hacía a propósito para ponerme celoso —el hombre volvió a llorar—. Ella... ella... disfrutaba viéndome así...

—Tenía un hermano, ¿verdad? —preguntó la mujer, con malicia juguetona.

—¿Te refieres a Marcos? Sí... él siempre fue mi amigo. Veíamos los partidos juntos.

—¿Y ya se lo dijiste? —la mujer esbozo una sonrisa cruel y sensual al mismo tiempo.

El hombre tragó saliva. La rockola se calló un momento para escuchar su respuesta, pero al ver que se demoraba demasiado, reprodujo otra canción. El hombre miró a la mujer con ojos de cordero temeroso.

—¿Puedo besarte? —preguntó ella de nuevo.

—¡Nooooo! —contestó eufórico el hombre.

—Entonces dime qué le pasó a Roxana —exigió sutilmente la mujer.

El cuerpo del hombre temblaba como si su corazón luchara por escapar de su pecho. Sus labios aterrados no querían seguir con la conversación, pero aun así, emitieron una frase tajante.

—Yo la maté.

—¿Cómo? —preguntó emocionada la mujer, quería escuchar algo que ya sabía, pero esta vez, directamente de la voz del hombre, como si se tratara de un poema recitado por el propio autor.

—Presioné su cuello demasiado tiempo —dijo el hombre y el llanto vino nuevamente como un cantante al que le piden una última canción—. No quería hacerlo... Yo la amaba... ¿Por qué tantos amigos? ¿Por qué tenía que hablar tanto con otros imbéciles? ¡Yo era su novio! ¡El hombre de su vida! ¡Su dueño! —el hombre se arrepintió de pronunciar esta última palabra al darse cuenta de que sonaba grotesca.

La mujer se despegó del asiento y tomó la cabeza del hombre con ambas manos. Lo miró con ternura, o quizá con malicia, era difícil diferenciarlo. Le acarició el cabello mientras él lloraba desconsolado, abatido, aterrado.

—Tranquilo, ya estoy aquí —dijo la mujer con sus ojos grises pegados a los del hombre.

Después acercó lentamente sus labios, y lo besó delicadamente, como si aquel tipo atormentado estuviera hecho de porcelana y cualquier movimiento brusco fuera a quebrarlo. Él no dejaba de llorar, intentó resistirse al beso, pero eso no era posible.

La mujer volvió a su lugar y encendió un cigarro. El humo formó figuras que se invitaban a bailar entre ellas, y algunas cenizas cayeron en su elegante vestido negro.

Entonces un joven hizo una estrepitosa entrada a la fuente de sodas. Sus ojos rojos y llorosos eran la evidencia de que acababa de enterarse de algo terrible apenas unas horas antes. Su mirada exploró todo el lugar hasta encontrar lo que buscaba.

El hombre reconoció inmediatamente al joven, a pesar de su aspecto furioso y desencajado: era Marcos, el hermano de Roxana. Pudo sentir el pesado retumbar de cada uno de sus pasos, como si se tratara de un gigante de piedra caminando en dirección a él.

Marcos, después de tres semanas, finalmente había descubierto lo que le ocurrió a Roxana.

Cuando el hombre y el joven estuvieron frente a frente, las palabras se convirtieron en criaturas que se negaron a salir de su guarida. La rockola se calló de nuevo, y el silencio se volvió monarca. Marcos sacó un revólver. Su frente dejó caer dos gotas zigzagueantes, la piedad salió corriendo del lugar, y una bala atravesó furiosa el cráneo del hombre sentado en la mesa.

Una oleada de gritos y pánico abarrotó la fuente de sodas. Todos corrieron hacia la salida, interrumpiendo sus risas espontáneas, besos efusivos y

encuentros amigables.

La muerte terminó su cigarro, se sacudió las cenizas del elegante vestido negro, y miró su reloj... aún tenía tiempo para una cerveza.

Mil osos

El hombre le gritó furioso a Alicia:

—¡¡Quédate aquí!!

Ella no hizo intento alguno por obedecer. Entonces el hombre le apuntó con su arma para hacer que retrocediera.

Luego subió por las escaleras del edificio con el corazón en llamas, dejando atrás a Alicia, quien se quedó como una estatua hecha de impotencia. El hombre corría despedazando el silencio con el frenético paso de sus pies. La noche escupía sombras en cada rincón del edificio, y la desesperación usaba los ojos del hombre como proyector. Él sabía que, si Alicia lo acompañaba, el mundo habría terminado para todos. Sólo había una oportunidad, y la frente sudada del hombre lo sabía.

Llegó a la azotea y la luna volteó a verlo de inmediato. Encontró a su esposa en uno de los bordes, con el rostro maquillado de rabia, tristeza y destructiva determinación. Sostenía del cuello a una pequeña niña asustada, una niña que pronto sería lanzada diez metros abajo si aquel hombre fallaba. La ciudad guardó silencio para que las estrellas pudieran escuchar lo que pasaba.

El hombre le apuntó a su esposa con el arma, deseando no tener que hacerlo, pidiendo a gritos que fuese alguien más quien habitara su piel en ese momento. Ella lo miró, y entonces se sintió expuesto, indefenso, vulnerable, como si en los ojos de su esposa hubiese también un arma.

En la intimidad de sus miradas, se contaron todo. Ella quería reciprocidad, quería darle significado a todas las noches en las que casi murió de llanto, a la sensación de su pecho explotando cuando sepultó a Renata, a su Renata, a su pequeña, inmortal e inolvidable Renata. Quería que Alicia también supiera lo que era perder a una hija.

Era cierto, el pasado y el presente estaban entretnejidos. Alicia, unos años más joven y bañada de alcohol, había arrollado a Renata. Alicia, en su versión más estúpida, le había arrancado un pedazo de vida a ese matrimonio.

Y el hombre, a pesar de estar igual de herido, sabía que asesinar a la hija de Alicia no era la manera de resolver las cosas.

Intentó disuadir a su esposa con las escasas palabras que sus labios

temblorosos lograron emitir. Pidió ayuda a la luna, pero ella le dio la espalda. El amor, el único hilo delgado que aún los unía, estaba a punto de reventarse. Las emociones volaron en el viento, mordeándose unas a otras. Las lágrimas, en aquel momento, pesaban más que las balas dentro del arma. Y justo ahí, cortando todo lazo, destruyendo toda quietud, Alicia llegó a la azotea.

Y la rabia le ordenó a la herida y furiosa esposa que despedazara el mundo.

Los segundos avanzaron a una fracción de su velocidad real:

La esposa levantó a la niña como si fuese una bala de cañón a punto de ser catapultada. Alicia gritó el nombre de su hija, reventando los cristales de todos los autos en la ciudad. El hombre apretó el gatillo, implorando que su puntería fallara. Sin embargo, la bala, con toda malicia, hizo hasta lo imposible por impactarse contra su objetivo. Luchó contra el viento, contra la gravedad, contra los sentimientos del hombre que disparaba. Y al final, salió victoriosa, atravesando el cráneo de la mujer.

Alicia abrazó a su hija, sana y salva, con la fuerza de mil osos. Ambas lloraron hasta inundar el drenaje. Intercambiaron besos y palabras amorosas mientras la luna observaba conmovida.

El hombre permanecía estático. El cadáver de su esposa era una visión grotesca que se obligaba a mirar. La luna en cuarto menguante parecía estar riéndose de él. Sintió convertirse en papel, en escarcha, en un maldito desgraciado. El nudo en su garganta era, en realidad, su corazón intentando salirle por su boca. Una madre y una hija volvían a reunirse, pero aquel hombre era el único que lo había perdido todo...

Poema con labial

Darío la conoció en la mesa de un café. Sus ojos estaban adornados con algo a lo que él llamaba misterio. No esperó, y le lanzó una mirada que aterrizó justo donde él había planeado: la suya.

Se acercó a su mesa, donde ella lo esperaba ya dispuesta a iniciar una plática. Su historia comenzó con una pregunta convencional: «¿Te puedo acompañar?».

Su nombre era Vanesa. Y sí, tenía pareja. Pero, aun así, había un hotel cerca.

Se convirtieron en amantes, se veían cada cierto tiempo y se disfrutaban el uno al otro. Ella era hermosa y sus caderas eran escurridizas, aunque su inteligencia a veces incomodaba a Darío.

Los meses formaron una larga línea, y mientras el tiempo avanzaba sin prestarles atención, Vanesa y Darío empezaron a sentir algo más intenso. No era amor, pero sin duda, se entendían dentro y fuera de la cama.

Una vez incluso, Vanesa lo invitó a su casa. Su pareja no estaba, y aunque ninguno de los dos se atreviera a confesarlo, eso hizo más excitante su encuentro.

Después de su combate en la cama, Darío examinó un poco la casa. No había fotos del hombre misterioso con el que Vanesa compartía su vida. Sin embargo, lo que captó su atención fue la montaña interminable de reconocimientos.

Lo sorprendieron las estanterías adornadas con trofeos de artes marciales, natación, boxeo y algunos otros deportes.

Vanesa le explicó que eran de su pareja. Y sin darse cuenta, le dio una cátedra de lo orgullosa que estaba de él, de todos sus logros y lo feliz que la hacía estar a su lado. Esto sólo incomodó a Darío, pero él sabía perfectamente que no estaba en posición de reclamar nada.

Dudó por un momento. La persona a la que Vanesa describía parecía el hombre perfecto. ¿Por qué buscaría un amante?

Sus razones debía tener. Asumió que había una parte de la historia que ella no le contaba. Entonces su orgullo regresó, seguramente él tenía algo que la pareja de Vanesa no. Aunque francamente, no quiso preguntar que era.

Durante los meses siguientes empaparon sábanas de hotel y dejaron que sus

pieles se conocieran mejor. Aprendieron cada vez más uno del otro, eran inmensamente compatibles, los perfectos compañeros casuales.

Ella era dichosa y él era dichoso. Sin embargo, alguien siempre sale lastimado.

*

Una noche, Darío tomó un bar como guarida, pidió un trago e intentó divertirse. Sin embargo, sabía que sólo se embriagaba para ocultarse a sí mismo un hecho curioso: se estaba enamorando de Vanesa. Lo había meditado durante las últimas semanas, esto crecía y se salía de control.

Las notas de su canción favorita llegaban hasta su mesa, el ambiente se animaba, el alcohol ya juntaba los labios de hombres y mujeres dentro del bar. Darío necesitaba una distracción, y la encontró mágicamente en una mesa no muy lejana.

Una mujer lo miraba fijamente, su par de pupilas marrones no se despegaban de él.

Darío la inspeccionó a detalle: era una mujer atractiva, su cabello era castaño, su rostro era un deleite y sus piernas estimulaban la imaginación. Quería olvidarse de Vanesa, al menos por unas horas, y la oportunidad no podía ser mejor.

Revisó su teléfono para comprobar si no tenía mensajes nuevos. No los había. Sin embargo, se quedó mirando por un par de minutos el rostro de Vanesa en su fondo de pantalla. No le debía explicaciones y tampoco ningún tipo de fidelidad. Ella tenía a su pareja, así que él podía tener encuentros con otras mujeres. Todo estaba bien.

Se sintió preparado para acercarse a la mujer que lo miraba, pero cuando volvió a posar sus ojos en aquella mesa, su presa se había ido. Se sintió estúpido, y llevó un trago más a su garganta. Quiso llamar a Vanesa, pero estaba seguro de que no le contestaría a esa hora.

Media hora después entró al baño, y el espejo le rectificó su borrachera. Abrió la llave del agua y se enjuagó el rostro para recuperar un trozo de sí mismo.

Ese pequeño lapso fue suficiente para que una criatura furiosa escapara de uno de los baños detrás de él.

Un objeto, un tubo quizá, golpeó el costado de Darío. El impacto provocó que cayera de rodillas y su atacante aprovechó su posición para enredarle una gruesa cinta alrededor del cuello. Darío fue arrastrado hacia el interior de uno de los baños, y una vez ahí, la mujer de cabello castaño jaló de la cinta mientras Darío

se sacudía en un vano intento de lucha. La mujer jalaba con rabia, con ímpetu, con placer.

En el bar pusieron una canción que hizo que la gente se encendiera y se levantara a bailar. Las copas chocaron, las risas subieron de volumen, y el cuerpo de Darío dejó de sacudirse.

En el espejo, la muerte escribió un poema con labial.

*

Ningún semáforo se atrevió a frenarle el paso a la mujer de cabello castaño durante el viaje de regreso a casa. Al llegar y pararse frente a la puerta, se preguntó si valía la pena tocar el timbre. Tal vez sería mejor largarse y olvidarse de todo.

No, eso no era opción. Ella nunca había desertado en nada. Así que, después de unos minutos de introspección, finalmente presionó el timbre.

Vanesa abrió la puerta, recibéndola con una sonrisa. Sus labios se perfilaron para besarla, pero la mujer de cabello castaño giró la cabeza en señal de rechazo...

Vino, tequila o nostalgia

El hombre embarraba la mirada en los cuadros de boda. Los odiaba, pero no tenía las agallas para retirarlos.

Su pequeña hija vagaba en la cocina, comiendo cualquier cosa que estuviera a su alcance. Él sólo bebía. El alcohol no modificaba el pasado, simplemente hacía del presente un lugar más tolerable. Su esposa se fue. Con alguien más divertido, más interesante, con alguien mucho mejor que él. Al menos eso dijo ella.

La melancolía bailaba desnuda por toda la casa. Aquel hombre se había oxidado, un trozo de corazón le fue arrancado en cuanto su esposa cruzó la puerta. Al menos eso sintió él. La mujer a la que amó subió al auto de un tipo, al cual ni siquiera alcanzó a verle la cara. El sol secó los rastros de neumático, negándole la oportunidad de seguirla.

«No tengo ganas de jugar», dijo el hombre, y la niña se fue con sus muñecas a otra parte. Él sólo quería matarse con vino, tequila o nostalgia, lo que funcionara más rápido. Viajaba por el tiempo al cerrar los ojos, el pasado le lanzaba recuerdos que su memoria mordisqueaba como si fueran huesos. ¿Cómo pudo ella cambiar tanto?

Una noche llovió como si el cielo desahogara sus penas. La tormenta disparaba truenos y la piscina se llenó a tope. El hombre salió de la casa a paso indiferente, tan apático que apenas sintió los disparos de lluvia. Se paró al borde de la piscina, imaginó que la había llenado a puro llanto, y luego se lanzó.

El agua lo recibió como una víctima voluntaria, la muerte lo abrazó tiernamente por la espalda, y entonces el hombre se relajó dispuesto a disfrutar del viaje. Sin embargo, un sonido tosco lo distrajo...

La caída de un pequeño cuerpo dejó un rastro de burbujas. En un intento inocente y mal premeditado, su hija se había lanzado a salvarlo y ahora se veía suspendida en medio del agua. El hombre reaccionó y trató de nadar hacia ella, pero la muerte lo sujetó del cuello, y en un desplante cruel, le levantó la cabeza obligándolo a mirar. Se dio cuenta de lo banal de su dolor, de la insignificante desventura que representa un abandono. Quiso seguir luchando, quiso que la rabia viniera para devorarse su tristeza. Entonces la muerte sonrió maliciosamente, pues había aclarado su punto. Así que lo soltó.

El hombre alcanzó el menudo cuerpo de la niña y ambos salieron del agua.

Fuera de la piscina, el hombre le lloró a su hija. Le rogó desesperado que abriera los ojos, que volviera, que le reprochara todo, pero que no se fuera. Después de presionarle el pecho durante segundos eternos, la niña escupió agua y lo miró angustiada... pero viva.

Se abrazaron, y sus lágrimas se confundieron con la lluvia. Más tarde, todo el alcohol de la casa sería lanzado al drenaje.

La muerte se revolcaba divertida, le gustaba hacer cosas como ésta de vez en cuando, aunque no se llevara nada.

Estampida

La luna dijo algo, pero desde tanta altura, nadie logró escucharla. Un pequeño charco de alcohol jugueteaba haciendo figuras en la mesa de madera. En aquella casa, el desastre había decorado la cocina de una forma poco entendible. Al mismo tiempo, una mujer empezaba a ignorar sus heridas corporales, pues en su mente se había desatado una balacera. Sin tregua, ella clavaba su mirada furiosa en un par de ojos visiblemente atemorizados.

«Mírame, ¿te parezco hermosa con sangre seca en el rostro? ¿Te deshiciste de toda frustración al estampar tus puños en mi piel? “Amor”, así le llamaba a la danza de mariposas en mi estómago. Amor le llamaba a tu sonrisa, a tus besos y caricias espontáneas, hasta que me trajiste a vivir aquí, donde las hadas se volvieron monstruos, y el final feliz se convirtió en un eterno episodio violento. Pero yo era una idiota, realmente no conocí el amor hasta que lo miré a él, hasta que lo tuve en mis brazos, hasta que lo alimenté, cambié sus pañales y contemplé fascinada sus primeros pasos. A él lo amé de verdad, con toda la potencia que podía ofrecer este menudo corazón. Su presencia era mi bálsamo, mi aliciente para soportar tu odio de alcohólico y tus bofetadas de media noche. Él era lo único bueno, y era tu costumbre quitarme todo lo bueno. Ojalá tu imaginación pudiese darte una idea... una idea de esa sensación impotente que serpenteaba por mis venas esa noche. Oír los gemidos de mi niño, afuera, torturado por el frío, mientras yo, con el cuerpo molido por otra de tus palizas, no podía levantarme de la cama para abrirle la puerta. Supongo que sus llantos fueron misiles para tus oídos, supongo que tu resaca no te dio capacidad para tolerarlos. Por eso lo sacaste de la casa, dejando que el clima helado y la desgracia se hicieran cargo. Está de más decirte que te detesto, y que mi pecho está ocupado por tantos sentimientos que ya no quedó espacio para la piedad. Él era mi vida, él era mi dicha... él era más mío que tuyo»...

Las palabras intentaron salir en estampidas simultáneas, formando nudos en la garganta del hombre que escuchaba atentamente los furiosos argumentos de la mujer. Finalmente, hallaron orden y se deslizaron amargamente:

«Johana, bebé, tranquilízate. Escúchame bien, sé que no he sido lo que esperabas, sé que he sido el hombre más estúpido, te he lastimado y me odio a mí mismo por ello, pero debes tranquilizarte y por favor... por lo que más quieras... por lo que más quieras en el mundo... baja el arma».

La luna se cubrió los oídos para evitar escuchar el monstruoso rugido que provocó el dedo de Johana al presionar el gatillo...

Colisión

Ella lo ama, de esa manera en que aman las mujeres hermosas.

Se casó con él por conveniencia, pero con el tiempo terminó enamorada. Él es un hombre tierno, comprensivo, sumamente inteligente, es como el padre amoroso y protector que no tuvo de niña. Sin embargo, es demasiado aburrido, y ella tiene necesidades especiales. Necesita sentirse deseada constantemente, necesita un cuerpo atlético encima de ella, labios variados que la besen como si descubriesen nuevas tierras.

Cuando él no está, ella sale en busca de conquistas, compañías de una sola tarde.

Una fila interminable de hombres entra a su casa. Algunas veces, su esposo trabaja los fines de semana, y ella tiene libertad completa para sus amantes. Tiene miedo de ser descubierta, no quiere herirlo, no quiere perderlo. Pero a estas alturas, no está dispuesta a abandonar sus placeres.

Un secreto.

*

Él la ama, de esa extraña manera en que aman los hombres malditos.

Es un tipo tranquilo. Se levanta a las siete de la mañana, se coloca los anteojos, prepara su propio desayuno y toma su portafolio. Le da un beso en la mejilla a su esposa, diez centímetros más alta que él, y sale a trabajar.

Sin embargo, la placentera belleza de su esposa no le es suficiente para ser feliz, porque él también tiene necesidades especiales, y un pasado violento que dejó perpetuas secuelas en su mente.

A veces, sale a la calle y escoge a un individuo con características específicas. Pasa semanas averiguando todo sobre él y luego inventa el modo más original de asesinarlo.

Nunca trabaja los fines de semana, simplemente sale a cumplir su cometido, a sosegar su extraña fascinación por el color sangre. Cuando lo hace, maldice a su padre, se maldice a sí mismo, pelea con su pasado y termina cubierto de lodo. Sin embargo, todo eso hace su existencia soportable, le quita el peso a sus días, lo tranquiliza y lo deja morir y nacer simultáneamente cada vez que lo hace.

Otro secreto.

*

Esta noche, algo salió mal, y él ha tenido que posponer la matanza. Conduce despacio, meditando, bailando tanto con sus pensamientos que ha olvidado avisarle a su esposa que ya va de regreso. Ella, por su parte, comparte la cama con un desconocido.

Cuando él llegue, cuando abra la puerta del dormitorio, y ambos secretos colisionen, las consecuencias pueden ser fatales...

¿Te gustó la historia?

«Te contaré: Papá quiso defenderla, pero eran cuatro chicos con cuchillo. Entraron por las ventanas buscando a Sara. Tú sabes cómo son los chicos en los pueblos pequeños, un desprecio de mujer es como gasolina en piel abierta. Papá fue molido con heridas en pecho y espalda, la luna lloró al verlo morir; una niña llamada Melanie, desde la rendija del ropero, observaba cómo la ropa abandonaba el cuerpo de su hermana, Sara. Su llanto apenas era audible entre los gritos excitados de aquellos chicos. Ellos estaban ahí para tomar por la fuerza lo que Sara se negó a darles. Había uno en especial, tenía un tatuaje de mal gusto en el cuello, y era él quien dirigía las acciones de los demás. Sí, ya sé lo que piensas, la pequeña Melanie fue cobarde, estoy de acuerdo contigo. Debí pelear, morir si era necesario. Incluso cuando sus intentos no hubiesen modificado la historia, porque vivir sintiéndote culpable es una irritante ironía.

Niña estúpida, sólo salió de su escondite al sentir el calor del fuego. Se limitó a contemplar las llamas mordiendo su pequeña casa. Sus ojos húmedos apenas le permitieron ver cómo los chicos huían en una marcha gloriosa. El silencio colocó la mano en los labios de la niña para apagar sus lloriqueos. Papá, Sara y la inocencia murieron esa noche. Pero no Melanie. ¿Es injusto, verdad? En fin, déjame servirte otro trago.

¿Te gustó la historia? Yo la detesto, pero curiosamente, soy la única que puede contarla»...

Melanie sujetó la cabeza del hombre atado y la giró hacia la derecha para observar su cuello, intentando encontrarle forma a su tatuaje. No lo logró. Luego hizo un gesto burlón al ver su mueca de miedo. Los hombres de Melanie retenían a otros tres sujetos heridos y atemorizados, la sangre en sus rostros pareció deleitarla. Después salió de la choza. Afuera, uno de sus escoltas le abrió la puerta de la camioneta haciendo una reverencia respetuosa.

Melanie encendió un cigarro, dio una orden y sus hombres quemaron el lugar...

Víctima enamorada

—Necesitaré cada detalle que recuerdes. Cualquier cosa puede serme útil. Procura no omitir nada, incluso si no te parece relevante. Empieza por hablarme sobre ella —dijo el hombre de corbata azul.

García sonrió antes de empezar a hablar:

—¿Ella? ¿Quiere saber de ella?... Ella es un arma cargada que se convirtió en mujer, un toro herido y furioso con la mirada fija en el costado del torero. Su sexo dejó rastros de pólvora en mi cama, recuerdo que la luna empezaba a desnudarse cuando sabía que ella la observaba.

El hombre de corbata azul miró a García como si éste fuera un imbécil, tomó un sorbo de café y prosiguió:

—Debes ser más específico conmigo, ¿sabes a dónde pudo haber ido?

—Desde luego —contestó García entusiasta—. Seguramente está en un bar usando la cordura de los hombres como cenicero. Su mirada era de azufre y su cintura incitaba a la violencia. El espejo tragaba saliva siempre que ella se paraba frente a él, su falda corta era una bandera de guerra. Cada vez que fumaba las mariposas se peleaban por el humo de su boca y... —García hizo una pausa—. Señor, usted debe entender que ella no es mala ¿sabe? Es sólo que ha sufrido mucho. Su cama está repleta de pesadillas, y sin embargo, a mí me encantaba dormir ahí.

El hombre de corbata azul evaluó la mueca en el rostro de García. Parecía un estúpido, alguien cuya cabeza ha sido revuelta por un profesional. No valía la pena perder el tiempo con él, así que salió del cuarto notablemente irritado.

Una vez afuera, encendió un cigarro y dejó que sus ideas colisionaran. Buscaba a una asesina experimentada: once hombres muertos en dos años, y el único sobreviviente hablaba de ella como si fuera una diosa.

Sin embargo las palabras de García, a pesar de su estilo tedioso, le dejaban algo muy claro: ella era sumamente peligrosa.

Para Clara

La muerte llegó con tres minutos de retraso. Al empujar la puerta, halló a Clara con las mejillas húmedas y los labios llenos de palabras no dichas. Un revólver humeante y el cadáver de un mal hombre yacían cerca de ella, vestigios de su ataque de furia.

La muerte le acercó papel y pluma mientras le murmuraba tiernamente una advertencia: «No tienes mucho tiempo, los vecinos escucharon el disparo, así que escribe y luego vete». La mano de Clara se deslizó sobre el papel y las líneas se convirtieron en el mensaje que sus labios nunca pudieron formular. Se oyeron sirenas, se oyeron neumáticos acercarse con frenesí. Clara soltó el bolígrafo y salió del lugar. La ciudad se la tragó, la luna borró sus huellas, nadie logró encontrarla...

*

Paula salió adolorida de la clínica, su madre le servía de soporte para caminar. Su rostro estaba pintado de morado y los puños de su novio habían sido el pincel. A pesar de todo, el bebé permanecía estable. Paula no dejaba de acariciarse el vientre, murmurando promesas para el huésped dentro de ella.

Al llegar a casa, una barrera de oficiales le impidió el paso tanto a ella como a su madre. Sin embargo, uno de ellos se dio a la tarea de explicarles la situación.

Paula casi desgarró sus pulmones luego de enterarse. Gritó el nombre de su novio creyendo que si lo repetía suficientes veces, él se levantaría. Su llanto y alaridos casi revientan el foco de un poste de luz. Quiso contemplar por última vez el rostro de su novio, pero una bolsa negra no se lo permitió.

El oficial le entregó una nota de papel improvisada que habían encontrado dentro de la casa. Paula distinguió de inmediato la letra de su mejor amiga Clara. El mensaje decía sólo verdades, fue por eso que le pareció tan hiriente:

«Lamento no haber nacido hombre como él. Te amo. Lo hice siempre. Tú nunca ibas a dejarlo, y un día él terminaría matándote.

Perdóname».

El papel aún tenía rastros de llanto.

Tulipanes

Ella seguía sin abrir los ojos, su condición no mejoraba. Él permanecía allí, a su lado, leyéndole los poemas que tanto le gustaban, combatiendo silencios con las canciones que la hacían llorar, o sonreír, o bailar furiosamente.

La casa estaba adornada con tulipanes, sus flores favoritas. Él esperaba ver su cara de fascinación al despertar. Intentaba recapitular los recuerdos de una vida juntos, sostenía fotografías y le contaba las historias impresas en ellas. Su esposa no movía ni un sólo músculo, pero él fantaseaba que la hacía sonreír, que contestaba con algún escurridizo «yo también recuerdo eso».

Le hablaba de sus planes para cuando despertara. La llevaría a cenar y cedería por fin a su insistente deseo de verlo vestir un *smoking*. Recorrerían las calles forradas de sueños, buscarían bajo las hojas del parque algunas palabras de amor. La luna soltaría su ronroneo, los vagabundos tocarían el violín y ellos se darían un beso. Sólo debía volver a él, sólo tenía que abrir los ojos.

La cama parecía querer tragarse el cuerpo de la mujer. Él le sostenía la mano mientras le contaba, por millonésima vez, la anécdota de su primer encuentro. Tocarón la puerta y la garganta del hombre se llenó de nudos, impidiéndole terminar la historia. Le acarició el cabello a su esposa mientras repetía su nombre disfrutando de cada sílaba que lo componía. La puerta sonó otra vez y la humedad en las paredes de la casa se agrupó al unísono en los ojos del hombre. Al no recibir respuesta del interior, alguien derribó la puerta a punta de embestidas.

Entraron primero dos hombres. Le hablaron amablemente y luego lo sujetaron cuando intentó luchar. Después una chica y un tercer hombre entraron con una camilla para subir el cuerpo de la mujer que yacía en el colchón.

Él arrojó gritos sin significado. Intentó hablarles de los tulipanes, del *smoking*, de los violines y la luna. Ellos no entendieron nada. Ellos sólo se llevaban un cadáver.

Afuera de la casa, una multitud de vecinos observaba la escena. Ellos habían hecho la llamada, sus murmullos fusionados conformaban la voz de un monstruo. El hombre golpeó, pateó y arañó, pero no impidió que el cadáver de su esposa fuera trepado a la camioneta. Varias voces intentaron tranquilizarlo, pero ninguna era ésa, la que había esperado durante días, la que juntaría de

nuevo sus pedazos. Ninguna era la de su esposa...

Bestia salida de un costal

—Dámelo —dijo el niño de la casa 203.

—No, es mío y no te lo presto —respondió molesta la niña de la casa 204.

El niño abandonó el jardín, entró a su casa y regresó con un plato de plástico, el cual usó para golpear frenéticamente la cabeza de la niña. Arremetía contra ella con una mueca de odio, como si su furia viniera de otro lugar, de un recuerdo turbulento. Los vecinos intervinieron de inmediato.

Un rato más tarde, el niño caminaba a lado de su madre. Ella parecía seria, retenía cierto enfado que no mostraba.

«No he hecho nada malo, mamá. ¿Por qué no me hablas?», se decía el niño en silencio. Entraron a casa, su madre le lavó la cara y le sacudió la ropa sin mirarlo siquiera. La indiferencia hizo que los ojos del niño se humedecieran. Lo metió a su cuarto y cerró la puerta sin ningún signo de enojo. Después la mujer se refugió en su recámara, puso el seguro, y rompió a llorar.

Había sucedido como el despertar impredecible de un volcán. El niño había observado, asimilado, y para el horror de su madre, aprendido.

De pie frente al espejo, la mujer se levantó el cabello y se tocó el cráneo: ahí seguía la cicatriz, una de tantas, una muy especial. Aquella que surgió una noche de acostumbrada agitación, cuando su marido le estrelló un plato de cristal en la cabeza.

El silencio le soltó la verdad con alaridos. Había resistido inútilmente esperando el tan prometido cambio, su ansiado final feliz. Ahora la ironía hacía de las suyas y su hijo se convertía en el mismo monstruo que ella enfrentaba todas las noches al servir la cena. Sus venas se hincharon, la sangre viajaba a la velocidad de sus recuerdos, las fotografías le reprochaban su cobardía. «Lo que tú llamas amor es solo una absurda excusa para quedarte».

La rabia y la melancolía se adentraron en un combate por territorio. Ella se reprochaba a sí misma; todas las disculpas de su marido las había guardado en un pequeño costal, y ahora, una bestia gigantesca salía de ahí.

Era suficiente. No dejaría que su pequeño repitiera el papel. No daría lugar a más verdugos ni futuras víctimas. Su hijo era lo más valioso para ella y no lo vería convertirse en la pesadilla de otra mujer.

La rabia le ayudó a llenar las maletas.

Esta vez iba a pelear, esta vez, las rosas no la engañarían...

Cinco vidas

El cuarto a oscuras, la ciudad gritando, la luz filtrándose por las persianas invitándolo a salir a un mundo que ya había prescindido de él.

Agustín fumaba esperando que su vida caducara, apagó el cigarro en su antebrazo y dibujó mentalmente los rostros de las dos hermosas criaturas a las que una vez llamó familia. Su tristeza le servía de coraza para ocultar su coraje contra la vida, contra su esposa e hija por morir prematuramente, por haberlo dejado solo, por llevarse con ellas los colores que componían al mundo, una rabia contra sí mismo por seguir todavía vivo.

Las noches de Agustín eran una mezcla imperfecta de cerveza, nicotina, melancolía y acidez. Una de esas noches, alguien entró por la puerta, partiendo el silencio a la mitad. Era una mujer hermosa, imponentemente hermosa, de cabello rojo fuego, mirada pesada como la pena de Agustín, cintura de mármol y un escote que tentaba a la luna. Agustín la reconoció de inmediato, lo dedujo casi al momento: era la muerte.

Ella le arrebató el cigarro y se sentó lentamente sobre la cama. Habló con él usando tono irónico.

Su voz era áspera, pero con un toque sensual: «Tú me deseas, me deseas como pocos lo hacen, pero no tienes las agallas para matarte, quieres que alguien lo haga por ti. Me he cansado de esperarte, me he cansado de venir a tu casa cada vez que me llamas, sólo para que te arrepientas a último minuto. No estoy aquí para consolarte, ni para sacarte de tus lloriqueos. He venido a hacer negocios».

Agustín escuchó atentamente la propuesta. La muerte le dio instrucciones, herramientas que necesitaría y una dirección.

Al final, le dio un beso seco en la mejilla y luego se fue...

*

Elena movió los dedos de su mano izquierda, sólo para comprobar que seguía viva. Trozos de su dignidad reposaban en el suelo, su cuerpo golpeado seguía en la misma cama sucia, y los cuatro chicos seguían jugando cartas en el cuarto contiguo. Ya no sabía si era de día o de noche. Seis, siete u ocho días en ese lugar, ya había perdido la cuenta. Cada uno de los chicos se turnaba para hacer con ella lo que se le viniera en gana. Más allá de satisfacer violentamente sus

necesidades, también descargaban contra ella su odio de niños, sus frustraciones de adolescente, su ansioso deseo por un poco de poder.

Elena soltó una lágrima por ella, por la familia que seguramente la buscaba, por la vida que había anhelado y probablemente ya no tendría.

El rugido del tren se oyó por enésima vez cerca de la choza. Después de eso, un sonido igual de monstruoso hizo temblar la tierra. Elena escuchó un disparo, alguien abrió la puerta del cuarto contiguo. Se oyeron gritos de sorpresa, de miedo, de dolor, se oyeron puños estampándose contra piel joven, se oyeron mandíbulas azotadas, pies furiosos estrellando patadas.

Elena usó la poca energía que había guardado para arrastrarse y observar. Entonces lo vio: era un hombre de ojos rojos, quizá por no dormir o por llorar demasiado, un hombre con una mueca de furia que parecía más de sufrimiento.

Agustín hizo llover rabia en esa choza, se vengaba de la vida en cada golpe que soltaba. Los chicos devolvieron el ataque de manera torpe e improvisada, pero nada era suficiente para someter a un hombre que parecía estar hecho de roca. Agustín bombeaba gasolina por sus venas, disparaba alaridos reclamando el amor arrebatado, el hueco en su pecho, su vida deshecha. No era justicia, quizá ni siquiera venganza, sólo era el dolor escapando por un túnel.

Cuando el huracán de ira terminó, cuatro cuerpos dejaron de moverse. Agustín recuperó la cordura, y entonces se permitió volver a sentir dolor: dos cuchillos habían perforado su cuerpo.

Se dejó caer, y una vez en el suelo, aquel hombre contempló el techo como si contemplara las estrellas. Los focos de la choza parecían luciérnagas dándole la bienvenida. Miró el rostro inmortal de su esposa, la mirada sanadora de su pequeña hija, y después... después ya no vio nada. Su corazón se negó a seguir latiendo.

Elena recuperaba las fuerzas poco a poco, pronto estaría lista para ponerse de pie. La muerte se miraba en el espejo: cinco vidas en vez de una. Había hecho un buen negocio.

Luna volcada

Rebeca es una mujer hermosa e inteligente.

Tiene una relación con Mauro, un tipo que le grita cada vez que puede. Lo ama, y aunque a veces se cansa de sus continuos desplantes, él siempre sabe cómo hacerla sonreír. Cuando las discusiones suben de tono, su vecino Leo siempre está disponible para consolarla. Leo es un tipo tranquilo y dulce, de gesto amable y palabras acertadas. Rebeca nunca se ha sentido atraída por hombres como él. Sin embargo, reúne todos los requisitos para considerarlo un buen amigo. Su necesario confidente.

La situación con Mauro sigue siendo difícil, así que Rebeca ha decidido hacer una pequeña prueba. Esta noche lo citó en un bar del centro para decirle que quiere terminar con él, sólo para ver su reacción. Quizá su mentira lo obligue a exteriorizar sus sentimientos, quizá por fin se quite su coraza y le declaré lo mucho que la ama y necesita. Rebeca espera fervientemente que su mentira rinda frutos.

*

Mauro es un tipo mujeriego y posesivo.

Su chaqueta de cuero y Rebeca tienen algo en común: ambas las puede presumir. Francamente, no le preocupa la amistad que ella tiene con su vecino Leo, un perdedor que obviamente está detrás de ella. No le molesta, incluso agradece que le ahorre todas las conversaciones cursis y tediosas. Leo hace el trabajo aburrido, así es más sencillo llevar a Rebeca a la cama, cuando al fin ha descargado todas sus tensiones emocionales y su humor es adecuado para las caricias.

Mauro se ha acostado ya con varias de las amigas de Rebeca. Una de ellas le ha dicho que ésta piensa terminar con él. Esto ha desatado su ira, pues su orgullo no tolera el abandono.

«¿Quieres dejarme, puta? Entonces déjame darte un último recuerdo... el peor de todos».

Esta noche, Mauro tiene reservada una habitación de hotel. Ahí preparó cuerdas e instrumentos sexuales. Tiene pensado divertirse humillando a Rebeca hasta que el sol vuelva a salir. Esta noche hará con Rebeca todo lo que ella nunca

accedió a hacer.

Sabe cómo persuadirla para abandonar el bar, sabe qué palabras acomodar en sus oídos para retorcer su voluntad.

Lo que no sabe es que nunca llegará a su cita con ella.

*

Leo es un asesino incontrolable.

Una tarde, paseando por la acera, encontró a su próxima víctima. Recordó su infancia tan sólo con verlo: él era exactamente como aquellos hombres que su madre metía a casa.

Averiguó el nombre y dirección del sujeto. Su nombre era tan irritante como los que escuchaba en la habitación de su madre: Mauro.

Rentó un departamento al lado de la novia de su objetivo y se las arregló para volverse amigo de ella. La escucha atentamente, cada detalle de Mauro es importante, cada elemento que pueda explotar. Para Leo es más emocionante jugar con la mente de su víctima antes de hacerla pedazos.

Esta noche, Mauro no logrará atravesar la puerta del bar. La experiencia de Leo es extensa, debido a eso conoce una gran variedad de métodos para paralizar a un hombre.

Lo llevará a un lugar solitario y alejado donde puedan conocerse mejor...

Tercera balada de Miranda

El asunto era sencillo: si quería recuperar a su esposa y a su hijo, tendría que matar a alguien.

Eso dijo la voz distorsionada al otro lado del teléfono. Le dio la dirección de un edificio abandonado, e instrucciones muy específicas: entra, sube al segundo piso, encontrarás a un hombre de corbata atado a una silla, piensa en algo agradable, y luego dispárale en la frente.

Y ahí estaba él, observando al hombre encapuchado y vestido de traje. No tenía que saber quién era, sólo disparar y salir de ahí, su esposa Miranda y su pequeño hijo se lo agradecerían. El silenciador del arma prometió no llamar la atención, las balas parecían excitadas, como actrices a punto de salir a escena. Él sudaba, se decía a sí mismo que no podría. Las paredes lo miraban expectantes, y de haber tenido labios, hubiesen esbozado una sonrisa. Sus pensamientos hacían fricción, la línea entre el amor y el salvajismo se volvía más fina a cada segundo. El hombre divagaba, sus manos querían soltar el arma, pero también querían volver a tocar el rostro de su hijo y el de Miranda. El tiempo se le terminaba, y las voces en su cabeza no se ponían de acuerdo.

Finalmente, su mano levantó el revólver. La vista se clavó en el cráneo del hombre atado, el silencio cedió paso a los latidos de tambor, se escuchó un «lo siento» prematuro, y una bala atravesó la cabeza del sujeto en la silla.

La ciudad no escuchó nada.

El hombre con el arma se tumbó en el suelo. Después de llorar un rato, su dedo pulgar se hundió en el número uno del teléfono, tal como se lo habían pedido. Luego esperó a que entrara la llamada.

«Está hecho», dijo él, con la voz fragmentada por el llanto.

No hubo respuesta alguna.

El hombre seguía revolcándose en lágrimas cuando sus ojos notaron un detalle abrumador: las uñas pintadas del hombre muerto. Una sensación de alarma levantó su cuerpo y sintió el salvaje impulso de destaparle el rostro. Al hacerlo, se dio cuenta de que no se trataba de un hombre, sino de una mujer.

Y no cualquier mujer: era Verónica, la chica de su oficina con la que se acostaba. La chica por la que se había perdido tantas cenas con Miranda y su hijo. La mujer por la cual la palabra fidelidad fue distorsionando su significado.

Y desde adentro, como una bestia frenética corriendo por un túnel, una monstruosa conclusión salió por un orificio en su cabeza. Entonces supo lo que había ocurrido.

*

«Está hecho», escuchó Miranda y colgó el teléfono inmediatamente. Sus ojos tiritaban decididos a reprimir las lágrimas. Tantos años entregada a él, amándolo, respetándolo, fingiendo creer en sus excusas y en cada historia fantástica que le contaba para evadir sus preguntas. Tantas noches en las que él no llegó a casa, hasta que ella decidió averiguar lo que pasaba.

Miranda acarició la barbilla de su pequeño hijo, y éste sonrió justo como su padre. Lo tomó de la mano, recogió las maletas, y salió de aquella habitación de hotel...

Luces rojas

De la mano de un hombre colgaba un oso de peluche. El juguete pesaba, cargaba en él las conversaciones inocentes, los besos cálidos y los abrazos nocturnos de una niña fallecida.

Los recuerdos se habían vuelto un vicio. El hombre recorría de extremo a extremo su memoria, arriesgándose a ser despedazado. Adentro, todo eran imágenes: su hija en la cuna, la emoción de verla caminando por primera vez, la inolvidable música de sus labios al decir papá, sus frenéticas y divertidas carreras por toda la casa, su risita al sentir cosquillas en el estómago. Su muerte. La memoria hizo énfasis en esa parte:

Fue un día en que el sol y las nubes parecían cantar. Los zapatos de la niña pisaban el concreto sin lastimarlo, el parque estaba repleto de árboles, niños, padres y rostros alegres. Sin embargo, el ruido de un motor mató la paz. Un adolescente había tomado un atajo intentando impresionar a su novia en turno. La motocicleta evadió algunos obstáculos, pero perdió la destreza al toparse con la niña.

Esa tarde, el cielo rompió en llanto.

El juicio fue breve, el chico fue protegido por la sombra de su familia acomodada. El jurado pronunció la palabra «inocente», y la impotencia quemó la carne del padre de la niña...

Ahora, después de ver al tiempo comerse los meses, sólo quedaba un hombre triste y un sucio oso de peluche. Ambos tenían recuerdos en común, momentos inmortales a lado de la niña.

El hombre observaba el semáforo. «Si le dices te quiero, se pondrá rojo», eso fue lo que una vez le dijo a su pequeña. El oso lo miraba, él hombre lo sabía y por eso no volteó. Era tiempo de despedirse, debía regalárselo a alguien más.

El oso y el hombre ahora se conocían bien, compartían una pena, disparaban miradas a la nada. Extrañaban a la misma persona. «Fueron buenos tiempos, viejo amigo».

*

Un chico salió de la tienda con una cajetilla de cigarros. Subió a su auto nuevo, el cual era más ostentoso que su antigua motocicleta. Arrancó, tenía en mente dos buenos lugares para divertirse esa noche, pero aún no se decidía. Mientras

analizaba sus opciones, divisó una peculiar figura en el retrovisor: un oso de peluche.

Una mueca de incredulidad pintó su rostro. Se detuvo al llegar al semáforo, y luego, un poco abrumado, estiró el brazo para alcanzar el peluche.

Entonces, un hecho curioso activó la alarma en el adolescente: luces rojas, en el interior del oso aparecieron luces rojas.

Los demás autos frenaron de improviso y los gritos abarrotaron la avenida segundos después de la explosión.

País de pétalos y velas

Oliver está enamorado de Alejandra. La ama, como la luna ama la poesía donde la mencionan, la ama como la tierra fértil ama el llanto de las nubes.

Son novios, y él sólo vive para hacerla feliz. Vive para dedicarle notas con palabras azucaradas, y para regalarle un corazón lleno de ternura y colores. Ama su rostro cautivador, capaz de despertar inspiración incluso en monstruos y bestias. Ama sus ojos, cuyas pupilas parecen un par de lunas color avellana. Ama su risa, pues parece una canción hecha para arrullar a las estrellas.

Oliver haría cualquier cosa por ella, subiría a la montaña más alta sólo para traerle un pedazo de nube. Está decidido a convertirse en el mejor novio que ella jamás haya tenido, está decidido a borrar toda mala experiencia en el amor que ella haya atravesado. Alejandra trabaja en las oficinas de una de las empresas tecnológicas más importantes, lo cual hace que Oliver se sienta orgulloso.

Nunca pierde la oportunidad de presumir los grandes logros de su novia, al punto que a veces, la gente ya no quiere seguir la conversación.

Cada día, él le deja mensajes románticos en lugares donde Alejandra no se lo esperaría: en su almuerzo, en la puerta, en su portafolio. Incluso a veces se las arregla para escabullirse y dejarle alguna flor en su escritorio.

Después pasa todo el día imaginando su sonrisa al leer el mensaje.

Ama que sea una mujer capaz, fuerte e inteligente. Ama su buen gusto, su voz melosa, su figura encantadora. Para Oliver, Alejandra es un sueño hecho de carne, el motor que impulsa todos los actos de amor.

Verla cocinando es todo un espectáculo. Observarla colocar los ingredientes mientras canta una canción es el perfecto final del día. Ama sus movimientos delicados y elegantes, ama verla poniendo amor en una sartén.

A veces no puede creer que sea su novia, que la vida los haya cruzado, y que la felicidad baile alrededor de ellos. Por eso se esfuerza tanto en enamorarla día a día, en hacerla sentir amada, en convertirse en el hombre con el que ella quiera compartir su mundo.

Esta noche, por ejemplo, tiene una sorpresa preparada. Ha dibujado un corazón en el centro de la cama usando sólo pétalos de rosa, ha encendido velas para plasmar en el ambiente la palabra romance. Con cinta adhesiva, colocó

fotografías en las paredes del cuarto donde aparecen ambos, Oliver y Alejandra, en sus momentos más felices juntos. También ha adornado el piso, los burós y el tocador con pétalos de rosa, esperando cumplir su cometido: hacer que ella lo amé aún más.

Oliver está muy nervioso. Una llave es insertada en la puerta de la casa, anunciando que Alejandra ha llegado del trabajo. La emoción lo hace saltar involuntariamente.

Las luces se van encendiendo una a una gracias a los interruptores. Se escuchan los pasos de Alejandra acercándose al dormitorio, donde él espera con el corazón inquieto.

Cuando finalmente su figura aparece en el dormitorio, Oliver grita entusiasmado, alegre, enamorado. Observa con ilusión a Alejandra mientras ella admira su obra.

Sin embargo, algo ha salido mal. A ella no le gusta su sorpresa, parece molesta con él. Le dice palabras hirientes, no lo quiere cerca, parece detestarlo. Él no lo comprende, algo le jala la sonrisa hacia abajo. ¿Por qué lo lastima de esa manera? ¿Por qué tanta crueldad en sus palabras?

Oliver observa cómo Alejandra arranca las fotos de las paredes y las rompe furiosa. Él intenta acercarse a ella en busca de una explicación. Quiere abrazarla, pero ella lo empuja y sale corriendo. Él va tras ella con su pobre corazón quemándose, recibiendo el impacto de jarrones, cuadros de foto, pequeñas figuras de mármol, todo objeto que ella le lanza para alejarlo.

Finalmente la alcanza e intenta calmarla con un beso, al cual ella se resiste. Él trata entonces de abrazarla con toda la ternura posible, pero ella se las arregla para alcanzar una pequeña figura decorativa con forma de mujer y la estampa contra su cabeza.

Él, en un ataque de ira ocasionado por el dolor, impacta su mano abierta sobre la mejilla de Alejandra, provocando que ésta caiga al suelo. Arrepentido, le pide una disculpa, la cual ella no se da el tiempo de escuchar. La ve levantarse y correr nuevamente al dormitorio.

Entonces sus pensamientos lo animan un poco: quizás ella cambió de opinión, quizá lo ha perdonado, quizá vuelve al dormitorio para disfrutar de su sorpresa.

Oliver regresa corriendo a la habitación, encuentra a Alejandra parada a lado de un buró, y se acerca a ella emocionado. Sin embargo, la boca de un arma es quien lo recibe, y una bala enfurecida le hace un agujero en el pecho.

Oliver cae sobre la cama, y los pétalos de rosa dan un brinco cuando el colchón

recibe el peso de su cuerpo. La sangre pinta las sábanas, y la desilusión pinta el rostro de Oliver. ¿Por qué le está haciendo esto? ¿Por qué no aprecia su ternura y su romanticismo? ¿Por qué lo detesta tanto?...

*

Alejandra es una mujer inteligente, atractiva, y hace varios días que no duerme bien. De algún modo, siente que alguien la observa desde las sombras, desde los arbustos, desde atrás de los postes. En un principio pensó que sólo era estrés provocado por su trabajo. Intentó relajarse y no tomarse en serio las bromas que le jugaba su mente. Hasta que empezaron a aparecer las notas.

Encontraba mensajes escritos en papel en los lugares menos esperados. En ellos, alguien le profesaba su amor con palabras melosas y alarmantes. Las notas siempre acababan del mismo modo: «Tu amado novio». Tres palabras inquietantes, porque Alejandra era soltera desde hace tiempo.

Los mensajes le sacaban un susto cada vez que los hallaba dentro de su almuerzo, en la puerta de su casa, en su portafolio. ¿Cómo se las arreglaban para ponerlos ahí?

Una vez incluso, encontró una flor en el escritorio de su oficina. Le preguntó a todos sus compañeros de trabajo, hombres y mujeres, pero nadie pudo darle una respuesta concreta. Nadie había visto nada y jugaron por un tiempo con la idea de un admirador secreto. A algunos les parecía divertido, a otros les parecía tierno. A ella le aterraba.

Los días pasaban y la tensión aumentaba. Al llegar a su departamento, iba a la cocina y se preparaba la cena. Ponía música para disminuir su nerviosismo y cantaba en voz baja para ahuyentar el pánico. No obstante, la sensación de estar siendo observada le mordía la piel. Al asomarse por la ventana, sólo veía sombras que podían tener la forma de cualquier cosa: de un arbusto, de un pez gigante, de un venado saltando, de un dragón mordiéndose su propia cola, o de un hombre observándola. Entonces cerraba las cortinas para sentirse fuera de peligro.

Desde luego, buscó protección. Sin embargo, el oficial que la atendió le dejó en claro que no había mucho que hacer, estaban muy ocupados en casos reales como para hacerse cargo de los hipotéticos. En otras palabras, primero debía ser atacada para que ellos intervinieran. Pero a ella nunca le agradó esa idea... así que consiguió un arma.

La guardó en uno de los burós de su dormitorio. En un principio pensó que era peligroso llevarla en su bolso o en su portafolio durante el día, así que también

consiguió gas pimienta para llevarlo consigo en todo momento. No necesitó utilizar ninguno de los dos hasta una caótica noche de viernes.

Llegó a casa, e incluso antes de entrar, la puerta parecía nerviosa, endurecida, como si no quisiera dejarla pasar. Puso el primer pie dentro y todo parecía estar tal como lo dejó, la oscuridad le quitaba el color a los muebles y cuadros, así que trajo luz presionando los interruptores uno por uno. Su casa le resultó más amigable ahora que cada objeto tenía su propio tono. El lugar estaba tan solitario como una estrella de ciudad, las figuras decorativas miraban a otra parte, como si no quisieran ser parte del asunto. Alejandra caminó hacia el dormitorio para buscar sus sandalias y ponerse cómoda, pero antes de llegar, una curiosidad la estremeció: del dormitorio salía una luz demasiado tenue como para provenir de un foco.

Pudo haberse ido. Puedo haber llamado a alguien. Pero tenía que verlo, necesitaba verlo, quería ponerle rostro de una vez por todas a lo que le estaba sucediendo. Más que contra un hombre, quería pelear contra su propio miedo. Entró al dormitorio y observó el pequeño país hecho de pétalos y velas en el que se había convertido.

«¡Sorpresa, mi amor!», gritó un hombre al que ella jamás había visto. Su rostro excesivamente animado denotaba su nerviosismo, y sus palabras patinaron por toda la habitación.

—¡Feliz aniversario! Pensé..., pensé que esto te gustaría. Lo hice yo mismo..., es como..., como un..., como un..., —el hombre apretó los ojos fuertemente mientras buscaba la palabra que buscaba—...un homenaje a nuestra relación. ¿Te gustaron las velas? ¡Debes ver la cama! Soy un romántico..., por favor, dime que soy un romántico... ¡Las paredes! ¡Tienes que verlas! ¡Somos nosotros! ¡Te amo! ¿Prepararás nuestra cena? Espera... no importa, yo puedo hacerlo... ¡Te amo! Yo...

El hombre continuó hablando mientras Alejandra observaba las paredes tapizadas con fotografías. Éstas habían sido tomadas desde lo lejos, probablemente con un teléfono. En unas ella salía del trabajo, en otras estaba en alguna reunión con amigos, en otras cocinaba, y en las más preocupantes, se encontraba aún trabajando en su oficina. Todas las fotografías habían sido alteradas, de modo que Oliver aparecía siempre a lado de ella. En algunas incluso, el escenario también había sido modificado, ubicándolos a ambos en París, Japón, una pista de baile o una playa.

Alejandra interrumpió de tajo el poema que Oliver había empezado a recitar. Le dijo que no lo conocía, que se fuera de su casa, que estaba loco, y que no lo

quería cerca. El hombre cambió su expresión animada. Algo le jaló la sonrisa hacia abajo.

Alejandra, en un ataque de furia, empezó a arrancar las fotografías. Todas eran mentiras pegadas con cinta adhesiva sobre las paredes, mentiras que ella partió por la mitad.

Oliver se acercó desconsolado, intentando abrazarla. Ella, con todo el pánico que ahora se había convertido en rabia, lo empujó y corrió en dirección a la puerta principal. Él salió detrás de ella, como una bestia torpe que, gruñendo, pide amor. Jarrones, cuadros de foto, pequeñas figuras de mármol, Alejandra uso cualquier objeto disponible para golpear a su agresor.

Él la alcanzó antes de llegar a la puerta, e intentó besarla a la fuerza. Ella se resistió, deslizó su brazo hasta una figura decorativa en forma de mujer, y la estampó contra su cabeza. Instantes después, Alejandra recibió una bofetada de misil que la hizo caer al suelo. Escuchó las disculpas desesperadas y afligidas de Oliver, pero se levantó enfurecida sin prestarle atención. Corrió nuevamente al dormitorio, el país de pétalos y velas. Una vez ahí, se dirigió al buró y lo abrió mientras la ciudad cantaba un himno de guerra. Tomó el arma, y el amor y la muerte se pusieron a jugar cartas.

Alejandra dio media vuelta, le apuntó a la bestia acongojada y confundida que venía detrás de ella, y presionó el gatillo haciendo que fuera la luna la que le aullara a los lobos.

Cuentos para Monstruos

Cuento uno:

De niña, Irene odiaba a su abuelo. Vivían ellos dos solos, víctima y verdugo, en una pequeña casa hecha con trozos de infancia. Sólo la luna fingía escuchar a Irene, pero incluso ella tomaba las nubes como refugio cuando el abuelo entraba a la habitación. Sus manos eran como bestias esperando el momento de morder, la camisa del hombre y las lágrimas de la niña caían al mismo tiempo. Las paredes eran testigos que preferían mirar hacia otro lado. Aquel pequeño mundo estaba repleto de monstruos.

Cuando el abuelo murió, Irene ya tenía edad suficiente para rehacer su vida: levantó la frente, siguió adelante, se enamoró y formó una familia.

Pero en el presente siempre quedan restos de pasado.

Cuento dos:

Eran las cuatro de la madrugada y Damián seguía atado a una silla. Estaba en el departamento que le regalaron sus padres, distintas zonas de su piel habían sido quemadas con cigarros. Divagaba, intentaba recordar: había salido a beber con algunos compañeros de clase, llegó a su departamento, y luego de girar la llave, fue sorprendido por una descarga eléctrica.

La mente de Damián seguía hurgando por respuestas cuando un sonido tosco lo puso en alerta. Tembló, había otra persona en el lugar, alguien había abierto la ventana.

Cuento tres:

Las pesadillas no abandonaban la almohada de Sara. El recuerdo de esa noche le pateaba el cráneo desde adentro. Amaba a su novio, pero eso no justificaba lo que le hizo. Sara dejó de vestirse como solía hacerlo, acudía a la preparatoria lo más cubierta posible, ahora le avergonzaba mostrar su piel. Él la miraba en los pasillos mientras conversaba con sus amigos, pero no le dirigía la palabra. Sara se fue alejando de la gente, no podía mirarse siquiera al espejo, le costaba trabajo mantener las conversaciones. Estaba deshecha, y aunque recuperara sus pedazos, estos ya no encajarían.

Algunos lo notaron. En especial su madre, la cual le preguntaba constantemente lo que le pasaba. La invitaba a hablar y abrirse con ella, pero Sara rechazaba agresivamente la oferta.

Sin embargo, una noche, por fin estalló. Su madre la confrontó hasta que Sara le confesó todo con lluvia en los ojos y palabras entrecortadas. Se abrazaron, las lágrimas formaron charcos en el suelo, su madre le acarició el cabello mientras la pena despedazaba la casa.

Sara le contó sobre el ataque, la manera en que su novio la hizo suya sin permiso. Y de entre los llantos y gemidos, el nombre de su novio emergió como la palabra más grotesca: Damián.

Cuento final:

Irene fumaba su último cigarro. Antes de terminarlo, dio media vuelta y lo apagó en el pecho de Damián. Entre tanto, él la miraba con una súplica en los ojos y una mordaza en los labios.

Cuando su hija Sara le contó todo, las venas de Irene ardieron como lava y su reacción fue casi mecánica. No sólo se trataba de justicia, se trataba de saldar cuentas con la propia vida.

La pistola eléctrica imprimió otra descarga en el cuello de Damián. Su cuerpo se sacudió violentamente, pero la silla y las cuerdas se negaron a soltarlo. Las pupilas de Irene estaban decoradas de furia, le tomó sólo unos segundos desatar al chico y arrastrarlo hasta la ventana.

Después, en plena madrugada, y en medio de un carnaval de sombras, el cuerpo de Damián fue arrojado desde un quinto piso.

La muerte aguardaba en la acera con un escote prominente.

Canción de cuna para ahuyentar a los coyotes

El auto se detuvo en una carretera de Tijuana, donde el sol y la tierra se habían comido la buena voluntad de los hombres. Mamá bajó con un cigarro moribundo en los labios, y abrió la puerta para que la pequeña abandonara el vehículo.

«Enseguida vuelvo», fue una mentira de dos palabras que aterrizó cómodamente en los oídos de la pequeña. Conforme se alejaba, el auto fue reduciendo su tamaño ante las pupilas de la niña. Algo apretó su diminuto corazón, provocando que en sus ojos lloviera. Sin embargo, la esperanza le aconsejó creer y esperar el regreso de su madre.

El mundo se había reducido a una carretera desgastada, una vieja gasolinera y un montón de chozas que parecían monstruos. La mirada de la niña chocaba contra el cielo, como si intentara abrirlo para hallar el rostro de su madre. El sol se moría despacio, llevándose su calor como un niño envidioso. La soledad usaba de espejos los vidrios rotos en la tierra, los labios de la pequeña reprimían gemidos tristes mientras su imaginación fabricaba mil y un posibilidades en las cuales su madre volvería. El tiempo no fue tolerante y la noche llegó puntual.

La muerte arribó a las dos de la madrugada. Contempló a su víctima tapada con una hoja de periódico incompleta, temblando, sufriendo, soñando que un auto regresaba por ella. La muerte sintió esa molestia punzante a la que los mortales llaman pena. No era su costumbre perdonar, pero le gustaba darse ese lujo de vez en cuando.

Recostó a la niña en sus piernas y la abrigó con su vestido negro, devolviéndole color a sus mejillas y estabilizando la temperatura de su cuerpo. Entonó una extraña canción de cuna que relajó a la niña, y que al mismo tiempo, hizo que los coyotes se alejaran despavoridos.

Casi amanecía cuando la muerte recordó sus compromisos. Entonces se le ocurrió una idea.

Los párpados de la pequeña se separaron, y lo primero que vio fue a un perro negro e imponente observándola de cerca.

Lo siguió, lo siguió como si necesitara hacerlo...

*

En una choza a orillas de la carretera, un hombre rodeaba su cuello con una soga. Había sepultado a su esposa unas semanas atrás. Ahora la vida le parecía sólo niebla gris, una función trágica que terminaría al dejarse caer desde una silla.

Sin embargo, no pudo, no debía, le faltó valor. Deseaba destruirse, pero no soportaba la idea. Se tiró al suelo a llorar, renegando de su cobardía, repitiendo el nombre de su esposa mientras escurría saliva ácida. La tristeza le besó la espalda, y entonces alguien abrió la puerta...

Se miraron por varios minutos. La niña pérdida y el hombre triste, aquella que necesitaba protección y aquel que necesitaba algo que proteger, una razón para continuar. Dos corazones rotos estaban a punto de curarse, dos criaturas heridas y atemorizadas encontraban refugio uno en el otro.

La muerte observó la escena un rato antes de consultar nuevamente su reloj. Ya era tarde, y ya había perdonado dos vidas...